

Francisco Ávila Coronel*

¿Qué significa luchar en claves viriles? La condición genérica de los hombres del Movimiento Armado Socialista Mexicano (MASM)

What does it mean to fight in masculine keys? The generic condition of the men of the Mexican socialist armed movement (MASM)

Abstract | This research proposes the study of the gender condition of men in the Mexican armed socialist movement (MASM), problematizing the meaning of political struggle in virile terms anchored in a worldview inherited from an androcentric matrix, and expressed in practices that men stage, legitimize, and reproduce through military hierarchies within the guerrillas, as part of the affirmation of “manliness”. Thus, explanatory routes are proposed here for the recurring phenomenon of violence, divisions, and confrontations within political-military organizations, paying attention to the warlike nature of the political conceptions of the socialist and communist left. Likewise, the gender metaphors with which the supremacy of men in leadership positions was normalized and legitimized, as well as the hegemony of masculine values and violent political practices within the guerrillas.

Keywords | male gender condition | hero | struggle in virile keys | Mexican socialist armed movement | gender metaphors

Resumen | En esta investigación se propone el estudio de la condición genérica de los hombres en el Movimiento Armado Socialista Mexicano (MASM), problematizando el significado de la lucha política en claves viriles anclada en una cosmovisión heredada de una matriz androcéntrica, y expresada en prácticas escenificadas, legitimadas y reproducidas por los hombres mediante las jerarquías militares al interior de las guerrillas, como parte de la afirmación de la “hombría”. Así, aquí se proponen rutas explicativas sobre el fenómeno re-

Recibido: 27 de octubre, 2025.

Aceptado: 20 de febrero, 2026.

* Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Convocatoria de Estancias Posdoctorales para la Formación y Consolidación de las y los investigadores por México de la SECIHTI, con asesoría de la Dra. Martha Patricia Castañeda Salgado.

Correo electrónico: franciscoavilacoronel@gmail.com

Ávila Coronel, Francisco. «¿Qué significa luchar en claves viriles? La condición genérica de los hombres del Movimiento Armado Socialista Mexicano (MASM).» *INTER DISCIPLINA* vol. 14, n° 39 (mayo-agosto 2026): 227-263.

doi: <https://doi.org/10.22201/ceiich.24485705e.2026.39.95669>

corriente de las violencias, las divisiones y las confrontaciones dentro de las organizaciones político-militares, prestando atención al carácter bélico de las concepciones políticas de las izquierdas socialistas y comunistas. Asimismo, se estudian las metáforas de género con las cuales se normalizó y legitimó la supremacía de los varones en los espacios de dirección, así como la hegemonía de los valores masculinos y las prácticas políticas violentas en el seno de las guerrillas.

Palabras clave | condición genérica masculina | héroe | lucha en claves viriles | movimiento armado socialista mexicano | metáforas de género.

Introducción

EN MI EXPERIENCIA COMO ACTIVISTA DE IZQUIERDA y haciendo alusión a la memoria colectiva, escuché con frecuencia que cuando se crea un partido u organización de corte socialista o comunista, inevitablemente, con el devenir del tiempo, terminarían fracturadas. Luego, en mi paso por el Consejo General de Huelga de la UNAM (CGH-1999-2000), donde se entabló una violenta lucha interna entre “ultras y moderados”, presencié una manera de ejercicio de la política con valores masculinos, en la cual los “compañeros de lucha”, con el transcurrir del tiempo, terminaron atrincherados en asambleas donde la mesa de los moderadores se resguardó con alambres de púas, y quienes éramos brigadistas también reprodujimos esa escalada de violencias y enfrentamientos, generando facciones como la llamada “mega ultra”, donde yo participé. En este sentido, los arquetipos del Ché Guevara, de Julio Antonio Mella, entre otros emblemáticos revolucionarios como Genaro Vázquez y Lucio Cabañas fueron los estandartes de la lucha ideológica en el movimiento estudiantil. A partir de ello, pude darme cuenta de que el modelo heroico guerrillero es un aspecto importante para desmontar las metáforas bélicas serializadas y reproducidas en las prácticas masculinas violentas por las izquierdas. Debido a ello, me interesa plantear la experiencia del movimiento armado socialista mexicano (MASM) en el cual se gestaron estos íconos de las izquierdas de antes y de ahora, y en donde se generaron normativas respecto a cómo deben ser los hombres y mujeres de izquierda y revolucionarios. Con base en esto y sin pretender generalizar, me pregunto: ¿por qué desde las izquierdas más “democráticas y pacifistas” hasta las izquierdas más “beligerantes y guerrilleras”, sucede el fenómeno de división, atrincheramiento y deslinde, contraponiendo a las/os “compañeras(os) de lucha” y aliados como “enemigos insalvables”? ¿será que hay un entendimiento androcéntrico en las izquierdas, el cual impide ver que la lucha entendida con valores masculinos encarna arquetipos viriles? En este sentido, el presente artículo es prefacio de una investigación más vasta, donde he ido explorando el llamado “sesgo masculino” en la historiografía de los movimientos armados, cuestión cuya preocupación me ha llevado a re-

flexionar sobre el problema de las injusticias epistémicas y repensar los procedimientos metodológicos e historiográficos con los que podemos desmontar las narrativas androcéntricas, las cuales excluyen y menosprecian sistemáticamente a las mujeres y a otros grupos subalternos (Ávila 2024 y 2025b).

Este trabajo se ha desarrollado y nutrido de las reflexiones colectivas y miradas desde los feminismos, cuyo lugar se remonta al Seminario Interinstitucional “Los Hombres: Miradas Críticas desde el Feminismo” (CEIICH/UACM/BUAP), el cual fue coordinado por Leonardo Olivos Santoyo, Luis Fernando Gutiérrez Domínguez y Fernando Huerta Rojas. Agradezco las sugerencias y conocimientos situados compartidos por todos los integrantes del Seminario, sin dejar de reconocer especialmente la generosa ayuda de Martha Patricia Castañeda Salgado, Fernando Huerta y Leonardo Olivos, quienes me compartieron importantes claves teóricas feministas para el estudio de los hombres de las izquierdas.¹

Podría plantearse que las izquierdas, armadas o no, han estado históricamente definidas por metáforas, estructuras y jerarquías de corte militar, lo cual me permite plantear la hipótesis de predominar en ellas aquello a lo cual denominaré como la condición genérica de los hombres bélicos de izquierda, caracterizada por prácticas viriles ligadas a una concepción de la política como un campo de batalla, donde estaba naturalizada la competencia y la confrontación entre varones, así como el fenómeno de la serialización de narrativas androcéntricas² y la reproducción de prácticas políticas fundadas en concepciones binarias con tendencia al establecimiento de jerarquías empataadas con el modelo heteronormativo del héroe guerrillero, problema a irse desmenuzando a lo largo del presente artículo.³

1 También agradezco las valiosas sugerencias y observaciones de quienes hicieron los dictámenes del presente artículo.

2 “Son, más que enunciados en los que se afirma algo acerca de algo, de alguien o «álguíenes», guiños autodesignadores que vendrían a decir: «tú eres de los nuestros y estás en nuestro pacto, ¿verdad que nos entendemos? ¿Qué sabemos, *a priori*, de qué hablamos?». [...] Lo que importa es expresar, en la complicidad especular con el que está de mi lado, algo así como: «yo soy un colono», «yo soy un hombre», nos reafirmamos pragmáticamente en nuestras autodesignaciones remitiéndonos a la confirmación por el otro y del otro por todos los otros y por mí, pues yo me confirmo a mí mismo en el otro en la recurrencia de la serie.” (Amorós 1990, 7).

3 Isabella Cosse (2019) incursionó en el estudio de los hombres en los movimientos armados de Argentina. Ella identificó una clave importante en la virilidad como elemento articulador de las prácticas masculinas guerrilleras, las cuales estaban en permanente tensión con el estigma generado por el Estado, pues mediante campañas contrainsurgentes procuró minar la virilidad guerrillera, como parte de un lenguaje de guerra. En el informe de la Comisión de la Verdad de Colombia, se propuso el concepto de masculinidades guerreras, el cual “se refiere a la forma en que se relacionan, por un lado, lo que significa ser hombre y, por el otro, los valores y atributos que la guerra les agrega a esas identidades, elementos que se retroalimentan entre sí” (Mi cuerpo es la verdad 2022, 188). Por otra parte, Joshua S.

Me propongo centrar la mirada en la condición genérica masculina en el MASM, donde confluyeron diversas organizaciones armadas surgidas en el marco de la Guerra Fría, durante las décadas de los años 60 y 70 del siglo XX. Desde una perspectiva interdisciplinaria, articulada por la historiografía con la teoría feminista, pretendo dar cuenta del “sesgo masculino” en las narrativas históricas del MASM, configurado por las metodologías que posicionan el espacio público y la actividad bélica en términos jerárquicos, como si las acciones armadas “espectaculares” tuviesen un lugar privilegiado en el estudio de las organizaciones político-militares.⁴

Esta mirada ha sido cuestionada por las epistemologías feministas, así como desde la historia de las mujeres y de género, desde donde se ha propuesto desmontar las formas canónicas con las cuales se construyen las coordenadas espacio-temporales de la historia. Así, se ha puesto énfasis en que un sesgo importante es el carácter público-céntrico, el cual ha dirigido las narrativas históricas en claves masculinas, en tanto ha menospreciado y silenciado, y en consecuencia invisibilizado, la participación de las mujeres en los movimientos sociales y en las guerras.⁵

En este sentido, Lucía Rayas abrió una brecha de investigación al escudriñar el carácter sexuado de los conflictos armados, encontrando lo siguiente: “la guerra se ha construido en el imaginario social como un ámbito donde la masculinidad se define; es el espacio por antonomasia de los hombres, pese a que las mujeres han participado en ella”. En los imaginarios sociales y en la mayoría de las culturas, las cualidades de un guerrero o soldado pertenecen a lo considerado como masculino: “Quienes hacen la guerra son fuertes, valientes, temerarios, tienen temple y disciplina, deben demostrar heroísmo” (Rayas 2009, 13 y 58).

Cabe plantear que, aunque hubo mujeres ocupando espacios importantes como dirigentes (véase Cedillo 2008), tradicionalmente, se ha obviado que quienes lideraron la guerrilla fueron hombres naturalizando su presencia en los principales espacios de decisión, en las acciones armadas y en el rumbo tomado por el MASM, así como su agencia en las coyunturas que perfilaron una política militarista. A los líderes masculinos se les ha encumbrado historiográficamente

Goldstein (2001, 251) describió la hipótesis de que las culturas desarrollan conceptos de masculinidad, los cuales motivan a los hombres a luchar; tal elemento será tomado en este artículo como una ruta investigativa a seguir.

4 Se ha negado la complejidad de los procesos insurreccionales (Vicente 2023, 76), reproduciendo una visión binaria en la cual se naturaliza el protagonismo y liderazgo de los hombres en la guerrilla y en otros movimientos sociales (Ávila 2024, 7).

5 Véase Frazier y Cohen (2003, 626); Cedillo (2008); Rayas (2012); Padilla (2015); Lozano (2015); Castorena (2019); Gómez (2020); Méndez (2019); Harding (1996); Blázquez (2012); Castañeda (2008).

como “héroes” o “tiranos”, como “demócratas” o “caudillos”,⁶ pero no se ha analizado su predominancia en los espacios de dirección, no se ha escudriñado a profundidad por qué ellos tuvieron una hegemonía y legitimidad al interior de sus organizaciones, por lo cual es necesario explorar si los valores masculinos predominaron en la estructura de sus organizaciones, quedando en duda si se trató de organizaciones solamente político-militares, o si también hubo otras formas de organización y de participación política en la guerrilla como los cuidados de los enfermos, de los infantes o la participación en trabajos domésticos (Lechuga 2024); aportaciones económicas o en especie. Asimismo, queda pendiente conceptualizar estas “otras agencias” del cuidatoriado (Ávila 2025), las cuales salen del modelo del “hombre nuevo” o de la “guerrillera” y el “guerrillero”.

En este punto, el género se revela como una categoría articuladora, entendida como una estructura legitimadora y sustentadora del poder (Scott 1996, 75). De ahí mi interés puesto en estudiar las formas sexuadas del poder al interior de la guerrilla, pues considero importante y necesario desmenuzar el discurso de los líderes guerrilleros como Lucio Cabañas o Ignacio Salas, entre otros liderazgos, pues es ahí donde se manifiesta la sexualidad, conceptualmente entendida como la dinámica del sexo establecida por la jerarquía social (MacKinnon 1995, 15) y los idearios políticos, asociándose con mandatos de género y buscando normar la condición genérica de los hombres y de las mujeres. Al ser normalizadas dichas jerarquías, es necesario plantearse un desmontaje de los valores masculinos contenidos en los idearios políticos y en las prácticas políticas de diferentes organizaciones político-militares, para luego comparar las coincidencias y diferencias en la condición genérica masculina con las cuales se constituyeron; y encontrar, en la medida de lo posible, cuál es el elemento estructural que articula el poder, la clase y el género como coordenadas auxiliares en explicar el protagonismo masculino en el MASM.

Es importante anotar que entiendo las prácticas políticas en un contexto amplio, donde la política es social y se manifiesta históricamente con alegorías bélicas, “de tal suerte, la política parece expresarse y describirse de forma sistemática con el lenguaje de la guerra” (Olivos 2024, 37). Con base en lo anterior, es pertinente preguntar: ¿hasta dónde la guerrilla acuñó un lenguaje bélico con valores masculinos y reproduciéndose mediante metáforas legitimadoras de la supremacía masculina? La base para desmontar los valores masculinos consistirá en estudiar el concepto del héroe. Específicamente, me apoyaré en la noción de “hombre nuevo” acuñada por Ernesto Guevara, la cual se convirtió en uno de los

⁶ Cabe recuperar la emblemática discusión nacional en torno al “heroísmo” y la “valentía” de los guerrilleros de la Liga, quienes secuestraron al empresario Eugenio Garza Sada, debate analizado por Mario Virgilio (2022).

ejemplos más importantes para toda una generación de guerrilleros en México y América Latina.⁷

En este sentido, exploraré el elemento sacrificial y heroico, el cual guarda la normativa guerrillera, estudiando la condición genérica masculina desde un extrañamiento respecto a las formas discursivas con las cuales se norma el relacionamiento entre varones y con las mujeres. Y, cómo esto también se articula con las nociones de justicia, de cambio social (revolución) y aquellos conceptos dándole sentido y significado a la lucha guerrillera, encarnándose en las prácticas políticas masculinas y legitimándose en torno a dicotomías como ricos/pobres, revolucionarios/reformistas o amigos/enemigos del pueblo o del proletariado.

¿Los hombres comunistas traicionaron a las mujeres? Una mirada feminista a los hombres de las izquierdas

*Si la histórica derrota mundial de las mujeres sucedió
a manos de una rebelión patriarcal armada,
es hora de que las guerrilleras Amazonas
empiecen a entrenarse en los Adirondacks.*
Gale Rubin (1996, 35)

Amparo Moreno Sardá se pregunta:

El movimiento obrero ¿ha traicionado históricamente la causa de la liberación de las mujeres? Las organizaciones del proletariado, con su práctica y con sus formulaciones teóricas ¿han colaborado en la perpetuación del orden patriarcal y, por tanto, de los fundamentos sociales primordiales de todo sistema de explotación y dominación entre los seres humanos? (Sardá 2007, 36)

Si bien la Revolución de 1917 significó un avance en la lucha por la liberación femenina,⁸ y hubo una legítima preocupación por romper con la opresión vivida

⁷ Quienes han evaluado el impacto de la Revolución cubana y de la Guerra Fría en la conformación del MASM son Héctor Ibarra (2006, 25-41), Fritz Glockner (2007, 66), Laura Castellanos (2008, 69), Enrique Condés (2007, 41), Adela Cedillo (2008, 34) y Federico Macías (2008, 131). En todas estas investigaciones se advierte que el guevarismo tuvo un impacto fundamental en las organizaciones político-militares de los años sesenta y setenta del siglo XX.

⁸ Por ejemplo, la URSS declaró abolido el matrimonio religioso y concede a las mujeres el derecho al divorcio, incluso concede los mismos derechos a los hijos, fuesen nacidos dentro o fuera de matrimonio. También se elimina la potestad marital, por ley se concede a las mujeres el permiso laboral por maternidad, y se dan garantías para proteger su trabajo y, en 1920, se autoriza el aborto sin restricciones (Navailh 1992, 238).

por las mujeres, también es cierto que los marxistas mantuvieron de manera inflexible la idea de venir la lucha de las mujeres y el feminismo de un pensamiento y prácticas burguesas. Se sostuvo que pretender analizar “la sociedad a través del sexo es olvidar la primacía de la clase y que disculpa la división de clases entre mujeres, dividiendo así al proletariado”. En contraparte, las teóricas feministas acusaron al marxismo “de estar definido masculinamente en la teoría y en la práctica” (MacKinnon 1995, 27).

Para Heidi Hartman (1987, 25) la izquierda “se ha mostrado siempre ambivalente en lo que respecta al movimiento de la mujer”, pues se le ha considerado “peligroso” y “amenazador” para “el hombre de izquierdas”. Andrea Dworkin concibe la existencia de una similitud entre la izquierda y la derecha, pues ambas han participado en el mantenimiento del poder masculino, por lo tanto, considera conveniente “no analizar lo que dicen, sino lo que hacen”.

Si bien el propio Bladimir I. Lenin pregonó que “Ningún Estado, ninguna legislación democrática han hecho por la mujer ni la mitad de lo que ha hecho el poder soviético desde los primeros meses de su existencia.” (Navailh 1992, 238), a pesar de ello, el llamado socialismo real mantuvo una contradicción pues, por un lado existió un discurso y acción en favor de la igualdad de las mujeres; sin embargo, por otro lado, la participación política fue dispar, aunque en menor medida que las sociedades capitalistas o burguesas (Foreman 1977, 43). Sheila Rowbotham (1980, 215) muestra el haberse perdido en la experiencia soviética la posibilidad de que se desarrollara la organización de las mujeres y de que hubiera reivindicaciones feministas porque hubo “una declinación de la conciencia feminista masiva” bajo el dominio de Iósif Stalin. El feminismo y el marxismo no se oponen, pero han mantenido un “matrimonio mal avenido” (Hartman 1987) pues las feministas si bien se han preocupado por estudiar y recuperar “la contradicción principal”, la clase; no obstante, esta categoría ha sido poco adecuada para revelar la opresión vivida por las mujeres, por lo cual —concluye Celia Amorós—, las feministas han procurado “un amor poco correspondido” (Amorós 2001, 94).

Kate Millet (1995, 224, 227) si bien reconoce a Federico Engels un inestimable aporte para la revolución sexual al hacer un análisis del matrimonio y la familia patriarcal, reconoce un elemento ausente en su mirada masculina, pues ignoró que tanto los pobres como los ricos “consideraban a la mujer un objeto personal, tanto desde el punto de vista emocional como psicológico”. Por ello, concluye que “Engels no hace sino idealizar a los pobres”, pues los hombres de la clase obrera “mostraban una fuerte disposición a realzar su superioridad ante su propia mujer, con brutalidad las más de las veces”. Este escepticismo de las feministas hacia los hombres de izquierda pone en el centro el problema de la cosificación del cuerpo de las mujeres, la negación de la agencia femenina y la complicidad masculina entendida como un pacto entre varones. Así, el problema

de la vida privada en la construcción de la nueva sociedad comunista es uno de los elementos que aporta pistas respecto a la interrogante de ¿qué hicieron los comunistas respecto al problema de la supremacía masculina?

Ernesto Guevara, quien acuñó para la izquierda latinoamericana la categoría 'hombre nuevo', es quizás el ejemplo más icónico de cómo el pensamiento "de izquierda" y sus líderes revolucionarios normalizaron la subordinación y dominación femenina. Guevara pensaba que el ámbito doméstico o privado no debería distraer a los revolucionarios de sus quehaceres políticos, por eso, concibió la sexualidad como un elemento "natural". Esta naturalidad con la cual afirma la relación hombre y mujer se refleja en el tratamiento cotidiano dado a los problemas de asimetrías de poder surgidos en la nueva "administración revolucionaria". Un problema recurrente y paradigmático fue el fenómeno del adulterio y el acoso sexual en entornos institucionales (incluido el Partido) y/o laborales. Frente a los conflictos asociados con este comportamiento serial y masculino, Guevara sostiene que "la moral socialista no puede ser condescendiente con este tipo de relaciones y es necesario discutir con los compañeros que cometen esas debilidades". Pero también justifica el derecho patriarcal para disponer del cuerpo femenino al advertir que no solo debería de culparse al hombre, pues "si se da una historia de este tipo, significa que también la mujer la quería... pero en general, en casos como este, nada sucede si la mujer no lo consiente". Guevara estaba más preocupado en "defender al hombre" que en darse cuenta de que detrás de ese problema "moral" había un ejercicio de dominación, acoso y violencia sexual entre "el administrador y su secretaria", y firma el pacto patriarcal con la frase: "en verdad, si la vida de cada uno fuese conocida por todos, habría que ver quién podría tirar la primera piedra". Consecuente con ello recomienda el silencio: "no es necesario convertirlo en un problema de importancia capital, ni divulgarlo de boca en boca, con el resultado de destruir familias que aún podrían salvarse, pues, en resumen, son hechos bastante naturales y que suceden". Para el icónico líder guerrillero "el hombre es, en algunos aspectos, un animal fisiológico como todos..." y debido a que considera natural la condición genérica masculina, finaliza su disertación con la pregunta:

¿O es que queremos escribir un tratado de "filosofía de las relaciones entre el administrador y su secretaria"? Sería un poco difícil. Dejemos pues las cosas como están; si alguien insiste en la necesidad de este tratado, lo piensa, lo escribe y después lo discutiremos. Perdemos mucho tiempo en este asunto cuando tenemos enfrente cosas mucho más graves e importantes. (Guevara 1977, 56-58)

Ernesto Guevara nos da un retrato crudo del 'hombre nuevo', concepto al cual presentó como pretendidamente universal, como si abarcara a la humani-

dad en general. Sin embargo, dicha noción no es neutra sino, como vemos, cargada de valores masculinos. A la luz de ello cobra significado el reclamo feminista de Andrea Dworkin, quien equipara las prácticas de dominación masculinas de la “izquierda” y la “derecha”, colocando la mirada desde el punto de vista de las mujeres:

[...] si las chicas de cada lado hablaran con las chicas del otro lado, es posible que descubran que están siendo engañadas del mismo modo por el mismo tipo de hombres. Y así, cuando miramos la experiencia real de las mujeres (algo que hacemos las feministas y que no hace la derecha ni la izquierda), ¿qué encontramos? Encontramos que las mujeres de todo el espectro político, independientemente de su ideología, son violadas y maltratadas dentro y fuera del matrimonio. (Dworkin 1989, 58)

Las críticas de las feministas socialistas coinciden en señalar que el problema con las izquierdas es haber aceptado y estudiado la categoría capitalismo, pero haber desacreditado, sistemáticamente, la de patriarcado, pues se creía que la desigualdad entre hombres y mujeres desaparecería automáticamente después de la Revolución socialista; la lógica era: “muerto el perro, se acabó la rabia” (Amorós 2001, 93). Con base en lo anterior, desde los feminismos socialista y materialista se propusieron conceptos como el de ‘Modo de producción doméstico’ (se planteó la doble explotación de las mujeres obreras, así como la importancia de estudiar la dimensión cotidiana y doméstica, pues en esas dimensiones se puede estudiar con mayores elementos el valor producido por el trabajo de las mujeres).

Sin embargo, sin pretender generalizar o desestimar que en las organizaciones de izquierda de corte marxista o nacionalista se hizo un esfuerzo por superar las relaciones de dominación, desde el feminismo marxista y socialista se criticó la existencia de similitudes en las prácticas de relacionamiento entre hombres de “derecha” o de “izquierda”, las cuales llevan a pensar en la presencia de una condición genérica masculina en claves hegemónicas, en haber un pacto interclasista entre varones, el cual mostró tener estos, independientemente de su ideología, su etnia o clase social, prácticas políticas que responden a una estructura opresiva: el patriarcado. Con base en lo anterior, Christine Delphy (1980) señaló la pertenencia de hombres y mujeres a clases antagónicas, pues la experiencia histórica habría demostrado que los partidos comunistas, al hacer a un lado la explotación de las mujeres, generaron una dominación en contra de sus compañeras de lucha, al resistirse a que trabajasen, a que fueran remuneradas igual que ellos, a que tuvieran una mayor participación política, cuando los obreros se resistieron a asumir que los varones también deben hacer tareas domésticas y de cuidados, cuando acosaron o menospreciaron a las mujeres. Para

Juliet Mitchell (1966) lo anterior significó una “contrarrevolución”, pues la condición de opresión de la mujer se volvió un aspecto silenciado en el socialismo contemporáneo, cuestión generadora de un conservadurismo y de un reforzamiento patriarcal en las izquierdas comunistas y socialistas. Con base en esta conceptualización cabe preguntarse si en el caso del MASM se reprodujo una organización patriarcal, y cuáles fueron los mecanismos mediante los cuales se impuso la supremacía masculina y se naturalizaron las opresiones y desigualdades entre los géneros.

Los líderes de la guerrilla y la estructura de género

*Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre
y están henchidos de sacrificio.*

Ernesto Guevara (1977)

Para Ernesto Guevara, así como para muchos hombres de izquierda de los años 60 y 70 del siglo XX y, quizás hasta nuestro presente, los conflictos y disparidades asociados con el relacionamiento entre hombres y mujeres son un problema considerado minúsculo o insignificante en comparación con “cosas más graves e importantes”, como las injusticias de clase (Guevara 1977, 56-58). Lo anterior muestra un fenómeno recurrente en la izquierda de aquellas décadas consistente en pensar la categoría de clase como “la contradicción principal”, mientras que el problema de la dominación y subordinación de las mujeres, se entendió como un fenómeno a resolverse en automático al consumarse la revolución.

El concepto revolución acuñado desde el marxismo consiste en la idea de que en dicho proceso, los medios de producción son arrebatados a la burguesía por parte de la “vanguardia del proletariado”, la cual funda un Estado de transición (de carácter socialista), con el objetivo de instaurar una “dictadura revolucionaria del proletariado”, donde gradualmente se vaya arrebatando la propiedad y los espacios de poder a la burguesía y pequeña burguesía, para “formar las nuevas conciencias”, que un día abran paso al comunismo.⁹

Para Guevara y muchos otros revolucionarios, si bien había una intención por lograr una igualdad entre hombres y mujeres, predominó la concepción de que la dominación y subordinación de las mujeres en las sociedades socialistas obedecía a “un problema de conciencia heredada y de ideología retrasada”, o era visto como un problema de “subdesarrollo obligando a las mujeres a sacrificar su igual-

⁹ Véase el *Manifiesto del Partido Comunista* y la *Crítica al programa de Gotha* (Marx y Engels 1976, 50 y 325).

dad” (Weinbaum 1984, 9). Por su parte, el feminismo ha criticado a los teóricos del comunismo por no profundizar en el significado de la familia y el matrimonio como un contrato de esclavitud civil, aun en el socialismo. Se debe señalar que esta definición conceptual proviene de la naturalización del trabajo doméstico, reproductivo y de cuidados en la teoría del valor desarrollada por Carlos Marx. Por su parte, a Federico Engels se le criticó por no considerar que la división sexual del trabajo por géneros fuera decisiva en el proceso de explotación, de ahí que a ambos teóricos se les reclame por “identificar la opresión de la mujer con lo privado y natural” (Mackinnon 1995, 27, 48 y 80; Pateman 1995, 190).

Otra ruta crítica consiste en analizar no solamente lo que hicieron los marxistas en la teoría sino también en la práctica; por lo cual, desde el feminismo se cuestionó que: “el movimiento obrero, en vez de luchar contra la discriminación salarial que padecían las mujeres, poco a poco «conquistó» para los hombres del proletariado el derecho a que su salario les permitiera mantener mujer e hijos (su «proletaria» particular, como dijo Flora Tristán, en los años en que Marx y Engels fueron a trabajar a París; su parcela de propiedad privada)” (Moreno 2007, 40).

Lo considerado como socialmente “importante”, “natural” o “prioritario” lleva a desmontar el propio concepto de la política, el cual está estructurado en claves masculinas y conlleva una comprensión parcial del poder, pues se fundamenta en la noción de que el poder es público, mientras que lo privado es “el mundo de las mujeres”, “las anónimas”, “las idénticas” (Amorós 2001, 26). Si “el género es un sistema social que divide el poder, entonces es un sistema político” (Mackinnon 1995, 285), por lo tanto, el ordenamiento de las estructuras sociales sustentándolo tiene un carácter sexuado, en la medida en la cual la supremacía masculina se sustenta en torno a un modelo viril reproductor de las relaciones de dominación y, además, establece jerarquías.¹⁰

Cuando los hombres de “derecha” o de “izquierda” conciben el empoderamiento mediante axiomas serializantes o escenificadores de prácticas políticas viriles, enfrentamos un fenómeno el cual remite al problema del contrato sexual,¹¹ al problema de los pactos entre varones que los hacen ser los “dueños del espacio público”, el cual, históricamente, los ha constituido como los sujetos, ya

10 “Un modelo históricamente atribuido a varones adultos de raza y clase dominantes, fraguado por quienes, para ubicarse y legitimarse en el centro regulador de la vida social —en el centro hegemónico—, se definen a sí mismos positivamente a base de definir negativamente cuántas actitudes y actuaciones humanas no participan de esa voluntad de poder, de esa actividad que cabe considerar anti-humana en la medida en la cual trata de imponerse sobre otras y otros, mujeres y hombres” (Moreno 2007, 97).

11 “El contrato social es una historia de libertad, el contrato sexual es una historia de sujeción. El contrato original constituye, a la vez, la libertad y la dominación. La libertad de los varones y la sujeción de las mujeres se crea a través del contrato original, y el carácter de la libertad civil no se puede entender sin la mitad despreciada de la historia, la cual revela

sea sujetos alineados y defensores del capitalismo, o bien, como sujetos subalternos o sujetos revolucionarios. Lo que une a estos hombres en su condición genérica es que, a través del tiempo, han pactado sus privilegios masculinos,¹² los cuales se reafirman con prácticas políticas sexuadas entrañando estas que ser hombre significa tener poder, mientras lo femenino significa lo contrario.¹³ Pese a no poderse negar la presencia importante de mujeres en cargos de dirección en las organizaciones de izquierda y en las organizaciones armadas, tampoco se puede ignorar la existencia en sus respectivas direcciones políticas de una aplastante mayoría de hombres, dejando indicios de una posible supremacía masculina, la cual no se da porque fueran los hombres “más talentosos”, “más inteligentes” o “más capaces”, sino que revelan la existencia de una estructura de género reproducida al interior de los movimientos armados debido a un entendimiento androcéntrico de la política. Esto implica reconocer haberse operado dentro del movimiento revolucionario una política sexual, donde los discursos normativos reafirmaron las jerarquías de lo masculino como superior a lo femenino.

La supremacía masculina se consumó mediante “el pacto con la muerte”, pues mientras lo femenino se condenó al espacio privado, “al estado de naturaleza”, “la mujer del hogar, cuidadora y dadora de vida”; la mirada androcéntrica de la política se posicionó como privilegio masculino del poder para decidir en el mundo de *Tánatos*. Matar o morir (sacrificarse) se convirtió en un acto público, memorable e históricamente trascendente, constitutivo de las legitimidades políticas en la ideología del Estado (el nacionalismo revolucionario) y, también reproducidas al interior de la guerrilla. En contraste, el sostenimiento socio-reproductivo, los afectos, solidaridades, la ética de cuidado y *Eros* pasaron inadvertidos, invariables y ahistóricos.

Con base en lo anterior, cabe preguntarse si los hombres de “derecha o de izquierda” amaron la muerte. En este sentido, resulta interesante la mirada de Andrea Dworkin:

cómo el derecho patriarcal de los hombres sobre las mujeres se establece a partir del contrato. La libertad civil no es universal. La libertad civil es un atributo masculino y depende del derecho patriarcal... El pacto originario es tanto un pacto sexual como un contrato social...” (Pateman 1995, 11).

12 De manera arquetípica, el privilegio pactado por los varones “proletarios”, “campesinos” o “burgueses”, independientemente de su origen de clase, todos ellos en menor o mayor medida comparten un pacto interclasista y metaestable que es el derecho al ocio y a la disposición de “sus” mujeres como seres “privados”, subordinadas, cosificadas y objetualizadas, incluso dispuestas como objetos de intercambio. Véase Celia Amorós (2001, 27).

13 “La mujer es simplemente lo que el hombre no es; a saber, no son autónomas ni independientes, pero, por lo mismo, no son agresivas sino nutrientes, no competitivas sino dadivosas, no públicas sino privadas. El mundo de lo femenino está constituido por una serie de negaciones. Ella es, digámoslo de nuevo, lo que él no es” (Benhabib 2006, 181).

Los hombres de la derecha justifican el asesinato como un instrumento para mantener o establecer el orden, y los hombres de la izquierda lo justifican como el instrumento para efectuar la insurrección, luego de lo cual lo justifican en los mismos términos que los hombres de la derecha. En la cultura masculina, el asesinato lento es el corazón de Eros, el asesinato rápido es el corazón de la acción, y el asesinato sistemático es el corazón de la historia. (Dworkin 1989, 145)

Así, tal vez pueda responderse la pregunta de: ¿por qué las grandes batallas, guerras, asesinatos o “muertes heroicas” han sido los temas o coyunturas más estudiadas desde los tiempos de la historiografía positivista hasta la historiografía actual? Asimismo, es pertinente preguntarse: ¿por qué se piensa que las masacres, la represión, los balazos, los hechos sangrientos y las violencias son más importantes de estudiar, de narrar o de rememorar que la historia socio-reproductiva, la historia afectiva, las historias de amor y de solidaridad.¹⁴

La política concebida con valores masculinos tiene una vocación declaradamente bélica y, aun si esta es “reformista”, “revolucionaria” o de “derecha” hay una jerarquía y objetivación de los otros en razón del binomio amigo/enemigo mediados por una “declaración de guerra”, como un espacio donde la violencia masculina se vuelve la sustancia con la cual se relacionan hombres y mujeres en los espacios de toma de decisiones políticas. Pareciera ser un pacto interclasista en donde los hombres de derecha o de izquierda asumieron la lucha política como violencia serializada con prácticas que naturalizaron la ausencia de las mujeres y su alejamiento del poder.

Los espacios asamblearios, las reuniones de comisiones, los grandes o pequeños congresos comunistas o izquierdistas llevaron el sello de una práctica dialógica fundada en la confrontación. A las asambleas se iba a “tomar y defender posiciones” con corrientes dispuestas a luchar “desde su trinchera”. La profesionalización en la izquierda se comprende como un proceso de disciplina y formación, el cual exigió asumir el mando y/o la obediencia como una metáfora bélica de la “militancia”, o como una alegoría de las milicias y las “marchas” de la lucha “pacífica y civil”, las cuales, muchas veces, terminaron en “batallas callejeras” (Poo 2018, 60).

En cinco décadas de marchas y manifestaciones de las izquierdas en México ha sido recurrente la imagen icónica de Ernesto Guevara, así como la consigna: “vestido de Verde Olivo, políticamente vivo, no has muerto camarada, tu muerte

14 Hugo Esteve Díaz (2024) hizo un análisis historiográfico de 283 trabajos de titulación de licenciatura y posgrado sobre la guerrilla en México. En la portada del libro se observa una tesis de grado recortada con forma de pistola, un simbolismo que ejemplifica la mayoría de los enfoques de las investigaciones sobre el MASM.

será vengada. ¿Y quién la vengará? ¡El Pueblo organizado! Y, ¿cómo lo hará? ¡Luchando!".¹⁵ Lo anterior permite sostener la hipótesis de que las metáforas y concepciones de la política, así como las prácticas de la izquierda comunista se nutrieron con alegorías de "sangre y plomo", guardando un paralelismo con las prácticas y discursos de la "derecha", pues esta también usó las alegorías bélicas para reprimir e infundir el terror entre sus opositores.¹⁶

De esta manera, cabe preguntarse hasta qué punto esa vocación por la confrontación, el golpeo, el avasallamiento "entre antagónicos" tiene ese sello masculino sustentador de la figura icónica del héroe como arquetipo viril y salvador. ¿Será que los hombres de izquierda, los "más aguerridos", "los más revolucionarios" siguieron un modelo de hombría hegemónico, el cual los alineó y llevó a reproducir los pactos patriarcales?

El héroe y la encarnación de la virilidad

Resurrección I

[...] la historia hablará, los himnos dirán:

hoy los héroes son camino, rumbo y principio, fin y destino en sí mismos.

Poema de un guerrillero preso (sin firma)

Hasta aquí se ha advertido que la "lucha" en claves viriles entraña una vocación de confrontación, la cual sigue el modelo bélico escenificado cotidianamente con prácticas donde los varones miden fuerzas y calculan una adecuada estrategia y táctica para "ganar la pelea". Por ello, es importante cuestionarse la existencia de una izquierda comunista "pacifista" y otra "guerrillera", pues la matriz bélica es el elemento que guardan en común, tanto quienes militaron en el Partido Comunista Mexicano (PCM) —entre otras organizaciones socialistas de corte maoísta o espartaquista—, como quienes fueron expulsados o se escindieron de estas para emprender la vía armada.

¹⁵ La alusión a la venganza en algunos comunicados del Partido de los Pobres, así como en el periódico *Madera* son algunas expresiones del lenguaje bélico en claves masculinas, las cuales se pueden apreciar en momentos de mucha rabia por las campañas contrainsurgentes arrasando con pueblos, comunidades y familias enteras. Véase Lucio Cabañas en Suárez (1978, 58); *Madera*, 1, 10 de enero de 1974: 48. <https://repositorio.colmex.mx>. (Consulta: 14 de junio, 2025).

¹⁶ "[...] la política parece expresarse y describirse de forma sistemática con el lenguaje de la guerra. Desde el lugar de quienes damos cuenta de ella, de sus episodios concretos e incluso de quienes teorizan en términos abstractos, difícilmente escapamos a las metáforas, las imágenes, los sustantivos e incluso los verbos, todo lo cual remite a la pólvora, suena a explosiones y evoca campos de batalla" (Olivos 2024, 37).

Los hombres de izquierda compartieron valores masculinos, pues la manera de concebir la política está inmersa en un ámbito de “lucha ideológica”, “lucha política”, “lucha interna entre facciones”. La lucha se entendió en masculino como un ejercicio de fuerza, golpeo y violencia hacia “los enemigos de clase”, contra los “oportunistas”, “los reformistas” hasta llegar a concebir a los compañeros como “policías”. Estas formas de concebir dicotómicamente al “otro” se convirtieron en una dimensión normalizada del lenguaje de la izquierda, el cual expresó esa vocación masculina de violentarse permanentemente “para ganar terreno”. La “lucha” quedó circunscrita a un marco de una guerra simbólica reproducida mediante “toma de posiciones”, con un estilo que supuso “madrearse”, “partirse la madre”, “darse de chingadazos”, “deslindarse”, “liquidarse” en la discusión, y así “ganar la batalla” en el terreno ideológico y político. Fue una fracción de la izquierda mexicana, la cual, en el contexto de la Guerra Fría, siguiendo el ejemplo revolucionario cubano, así como el de otros movimientos guerrilleros latinoamericanos y de otras latitudes del mundo, decidió continuar la guerra en un sentido literal (“ser consecuente”): con las armas en las manos frente a la represión del gobierno, a la persecución policiaca, al agravio y la ignominia de las masacres.

A esta coyuntura insurreccional acaecida, sobre todo, a partir de las matanzas de campesinos en Guerrero en los años 1960, 1962 y 1967; las de estudiantes en la Ciudad de México, en 1968 y 1971, se le ha denominado “proceso de radicalización” (véase Montemayor 2010, 13). Es pertinente decir, que este concepto distrae la atención de un problema central, pues sin negar que existieron importantes diferencias y matices en los planteamientos y programas políticos, la ideología comunista por definición es radical, al menos en un sentido teórico y programático (la búsqueda por suprimir las clases sociales y lograr la utopía y la revolución), sin embargo, el paso que se dio al tomar las armas fue más allá del posicionamiento meramente ideológico o práctico, pues más bien significó una colocación epistémica y ontológica, la cual implicó una forma de conocer la realidad, una reconfiguración de la identidad personal, de grupo, de clase y de género, al haber una acentuación de los valores masculinos, es decir, un viraje en el ángulo de mirada, donde se asumió que la única forma posible para la transformación social o la autodefensa era la vía armada, con todo lo que esto significaba en términos subjetivos: el coraje, la valentía y la decisión de luchar “hasta las últimas consecuencias” para “vencer o morir”.

Una veta aún no explorada en México es el estudio del proceso de militarización de la resistencia civil explicando sus consecuencias hasta nuestro presente. ¿Por qué el arquetipo militar, el orden y la estructura bélica se convirtieron en “la solución y única opción” para miles de jóvenes? ¿El modelo militar tuvo legitimidad entre la sociedad civil, entre las izquierdas nacionalistas y latinoamericanas?

¿La militarización de la lucha civil (guerrillera) reprodujo la jerarquía patriarcal de sobrevalorar el acto de matar o sacrificar(se), (quitar o dar la vida), por encima de dar vida (“dar a luz”, cuidar la vida)?

Las diversas organizaciones político-militares que conformaron al MASM comparten un origen común porque provienen de un proceso traumático como fueron las masacres, las cuales trastocaron la colocación y la mirada frente al mundo, una en donde había que pasar del “lado de las víctimas” al de la autodefensa (ser sujetos históricos) y, posteriormente, preparar la ofensiva asumiendo estar en el momento de declarar la guerra a los caciques, al Ejército y a las policías y, desde luego, al Estado.

El elemento que se impuso en el proceso de militarización de la sociedad civil consistió en haber cambiado las reglas, hubo una conversión de las identidades, se despersonalizaron las relaciones que antes fueron vínculos afectivos y se impuso la secrecía y la clandestinidad. “Nadie debe conocer lo que realmente piensas, lo que sientes, lo que fuiste o lo que eres”, constantemente había un “guión” que debía seguirse y tener “una fachada” (véase Ramírez 2023, 207), lo cual, muchas veces implicó abandonar a las familias y personas amadas. Estas circunstancias condujeron a deshacerse de una identidad personal para asumir una nueva, acorde con el arquetipo de “guerrillero” o “guerrillera”, respondiendo a una normatividad militarizada donde la beligerancia política en las filas de la izquierda se exacerbó para poner en escena el acto heroico y mitificarlo como el momento en el cual los civiles armados se volvieron “guerrilleros” o “guerrilleras”.

Las acciones armadas se convirtieron entonces en un ritual y escenificación donde se demostraba la transformación en ‘hombres nuevos’, que se “hacían guerrilleros y guerrilleras: ¿nuevos?, ¿viriles?”. Toda esta representación adquirió el nivel de normativa para varones y mujeres, pues el modelo heroico masculino impuso un concepto de “igualdad”, donde “sin importar el género”, había que comportarse y combatir “como el Che”.¹⁷ Así pues, ser guerrillero o guerrillera significó corporeizar los valores viriles, “ser valientes”, “estar dispuestos a sacrificar o sacrificarse”, “ser feroces”, “haber combatido”, “expropiar por la fuerza a los dueños del capital”, “estar armados” y “haber matado (ajusticiado) enemi-

17 El poema de Fernando Pineda Ochoa titulado “Recuerdos de Corea [del Norte]” dedicado “para aquellas que fueron y aún siguen luchando por una sociedad comunista”, dice lo siguiente: “Cómo imaginarte antes compañera: ¿Eras buena? Eres mejor ahora. Tus manos, de madre, de hermana, de hija, de novia, recogieron el fusil del comandante Guevara. La ternura atesorada mezquinamente para el macho se derrama [...]. Amorosamente se diluye repartida para todo aquel que lucha. Estás presente, Mujer, Camarada, Compañera, la miel de tu palabra, la silvestre fruta de tu boca, cuerpo frágil ceñido al arma. Una granada de adorno, una gorra de campaña, le entrego todo mi amor. Compañera proletaria.” [Lecumberry, 20 de febrero de 1973]. (Pineda en Anzaldo y Zaragoza 2023, 101 y 102).

gos". No había una versión en femenino del 'hombre nuevo', no había lugar para una heroína cuidadora de la vida, sobreviviente amorosa de la guerra; no había un lugar importante para las heroínas que lo dieron todo y que cuidaron a los hijos de los combatientes, ni tampoco para quienes hicieron trabajos domésticos y sentaron la base socio-reproductiva de las insurgencias.¹⁸

Cabe anotar que el fenómeno del heroísmo ha sido un aspecto naturalizado o ignorado en los análisis del MASM,¹⁹ pues encontramos relatos de carácter mítico articulados con la condición genérica masculina. La figura icónica de Ernesto Guevara fue el modelo ideal de hombre: el 'hombre nuevo', el cual funcionó como un referente normativo para la acción cotidiana de más de una generación de guerreras y guerreros, incluyendo a quienes no estuvieron en la lucha armada, pero militaron en la "izquierda". Resulta revelador que se le recuerde, precisamente, como un jefe, como un comandante, como alguien que supo ejercer el mando.

El arquetipo viril²⁰ aquí esbozado es lo que históricamente se ha encarnado en el cuerpo y la mente de los hombres, quienes han adoptado una identidad genérica sustentada en la virilidad, la fuerza y la capacidad de matar, "cualidades" con las cuales también se ha constituido el poder del Estado. Estos rasgos parecen reproducirse arquetípicamente en múltiples memorias guerrilleras donde líderes como Arturo Gámiz, Lucio Cabañas, Genaro Vázquez, Raúl Ramos Zavala e Ignacio Salas Obregón son rememorados y reconocidos por ese carácter de autoridad, evidenciándose como un componente importante del arquetipo viril en las memorias de "izquierda", y compartiéndolo, a su vez, con la masculinidad

18 Un caso interesante es el de Blanca Lirio Muro Gamboa, quien fue una guerrillera del Partido de los Pobres-POCUP, quien llevara a cabo tareas como ocuparse de la imprenta y también hacía un trabajo importantísimo de ser cuidadora de varios infantes, "hijos de la guerrilla". Sin embargo, su labor, la cual también podría considerarse "heroica", no ha sido reconocida o considerada como algo trascendente, digno de estudiarse. Respecto a esto, Daniela Lechuga (2024) ha señalado la importancia de recapitular la historia de los trabajos domésticos. Véase: *MEH, Diálogos por la Verdad*, 19 de agosto de 2023. En <https://www.youtube.com/live/wqkW7mJNJeE>. (Consultado, 4 de noviembre, 2024).

19 Cabe mencionar que en otras latitudes de América Latina este aspecto ha sido más estudiado, por ejemplo, las indagaciones de Mariela Peller (2013, 46; 2023, 165) y de Tamara Vidaurrezaga (2019) permiten sustentar que, efectivamente, la figura mítica de los héroes guerrilleros son una clave fundamental para comprender los procesos de insurgencia armada.

20 "El arquetipo viril (*arkhos*, en griego, significa «yo soy el primero», «yo ordeno»), define desde su base el orden primordial al contraponer, como valor positivo, la capacidad de agresión fratricida de los hombres adultos, frente a la debilidad del «segundo sexo». El arquetipo viril genera la creencia en un ineludible «instinto de muerte», en la vocación de muerte fratricida consustancial a nuestra forma de vivir [...]. De este dogma primordial se derivan los restantes presupuestos ideológicos que subyacen al orden social androcéntrico tal como lo expresa el pensamiento científico y «la historia» (Moreno 2007, 51).

hegemónica; constituyendo así, tres aspectos importantes en la forma en la cual se construye al héroe.

El primero consiste en el acento dado al hombre como “el que manda y sabe mandar”, implicando que es quien tiene la legitimidad para hacerlo, porque “es más hombre que los demás”. El segundo aspecto se traduce en la capacidad de agresión, “su fiereza” expresada en escenificaciones míticas del héroe guerrillero como un gran felino, haciéndolo un “hombre excepcional”.²¹ El tercero es la identificación de ese poder con la imagen masculina o de hombre, comprendida en términos hetero-céntricos, binarios y opuestos a lo que significa ser mujer. En este nivel, el héroe fue concebido como alguien quien, “naturalmente” (como si se tratara de una característica “propia de su género”), tenía inteligencia y habilidades innatas para “el arte de la guerra”.²²

Otro rasgo importante del heroísmo masculino se reconoce en la vocación de sacrificio, “la disposición inmediata, instantánea, a ofrecerse para realizar la misión más peligrosa”. Por ejemplo, Fidel Castro caracterizó al Che Guevara como “un hombre extraordinariamente capaz, extraordinariamente valeroso, extraordinariamente agresivo. Si como guerrillero tenía un talón de Aquiles, ese talón era su excesiva agresividad, era su absoluto desprecio al peligro”. Como se ve, la agresividad, el valor, la determinación para actuar “hasta las últimas consecuencias” —vencer o morir— fueron los ingredientes con los cuales el Che Guevara se convirtió en un ícono revolucionario (Guevara 1977, 6).

Finalmente, hay que agregar que tal como sucedió en otras latitudes de América Latina, las masculinidades guerreras tienen cuatro elementos constitutivos: el primero, las mujeres y hombres de las guerrillas heredaron el significado de lo que era “un verdadero hombre” en el mundo civil, previo a la guerra; el segundo, el lugar histórico de los hombres como aquellos que han llamado a la guerra; el tercero, el entrenamiento militar como “uno de los escenarios para transmitir y enseñar valores, ideas y comportamientos propios de la masculinidad”, y, el cuarto, el “espíritu de guerra”, orientador de las prácticas políticas en los conflictos (véase Comisión de la verdad de Colombia 2022, 188).

21 Como ejemplo está el corrido de José de Molina sobre Lucio Cabañas que dice: “Cuidado tigre Cabañas, te andan rastreando los perros, ¿pero, cuándo un perro pudo con un tigre de los cerros?”. En la Liga también se llegaron a hacer algunas alusiones a las cualidades de un guerrillero como a las de un lince (Ávila 2025a). <https://www.youtube.com/watch?v=la27zOgqxBM&list=PLDILWwFQGgw7hIUe3BuiT9-R3u74-srRj&index=2>.

22 Considerando que el zapatismo es una vertiente ideológica importante dentro del MASM, un ejemplo interesante fue la polémica nacional en torno a la exposición de la pintura de Fabián Cháirez llamada “Zapata gay”. Jaime Luis Brito, “Nieto de Emiliano Zapata demandará al INBAL por pintura”, *Proceso*, 9 de diciembre de 2019, versión digital. <https://www.proceso.com.mx/nacional/2019/12/9/nieto-de-emiliano-zapata-demandara-al-inbal-por-pintura-235547.html>.

Lo anterior permite cuestionarse si Ernesto Guevara, “el héroe de la izquierda latinoamericana y mexicana”, también encarnó el modelo viril.²³ Si se considera que la “masculinidad implica un estatus adquirido y no transmisible, en el cual cierto grupo de pares se reconoce como superior a los demás” (Guasch 2006, 27), resulta pertinente preguntarse si en el MASM hubo una “vanguardia revolucionaria” edificada con este patrimonio genérico-heroico como parte de sus privilegios masculinos y si la supremacía masculina en la dirección de la guerrilla se mantuvo mediante pactos entre varones.

El concepto de ‘hombre nuevo’ de Guevara sigue las directrices de la masculinidad hegemónica, pues si bien se presenta como una noción neutra representando presuntamente a la humanidad, dicha conceptualización fue construida en torno a un hombre, el cual se forjó en claves tradicionales (véase Vidaurrázaga 2012, 74). Por lo tanto, el “hombre nuevo no nace, se hace”, lo cual implicó que, en la guerrilla, permanentemente, debía demostrarse que se era el ‘hombre nuevo’, que se tenían las cualidades del “hombre-revolucionario-vanguardia de verdad”. Por lo tanto, ser el “hombre nuevo” implicaba una pesada carga al asumir sufrimientos, esfuerzos, renunciaciones y negaciones a razón de recibir el reconocimiento del grupo, de la célula o de la organización clandestina. Esta constante afirmación se expresaba en prácticas cotidianas, las cuales podían resultar peligrosas, pues quien se negaba a asumir los mandatos en un contexto militarizado podía ser castigado o castigada con la muerte (véase Ávila y Pérez 2023, 154 y 179).

Debe enfatizarse que la clandestinidad, tanto para hombres como para mujeres, los colocaba en “una especie de limbo, en donde lo que hacíamos no era ni público ni privado. O más bien, lo público se reconocía en ámbitos muy cerrados, y nuestra vida privada no existía, sino como una extensión de la lucha pública”. En este sentido, Citlali Esparza, de la Liga, refiere que ser mujer le dio un “buen margen de maniobra, pues podíamos jugar con los roles de género de manera algo distinta.” Al igual que ella, otros testimonios de mujeres de la Liga y de la mayoría de las organizaciones a las cuales he tenido acceso mediante registros orales o escritos, coinciden en plantear lo siguiente: “como combatientes, nuestro trabajo era exactamente el mismo que el de los hombres” (Aguilar 2014, 327). Y, tal como lo expresó Lourdes Quiñones: “éramos igualitos, disparábamos igual. Decían los Tupamaros que detrás de una 45 somos igualitos” (Ávila 2022a, 231). Esparza, además, reconoce que la igualdad era entendida en un plano militar y

23 “Si queremos expresar cómo aspiramos que sean nuestros combatientes revolucionarios, nuestros militantes, nuestros hombres, debemos decir sin vacilación de ninguna índole: ¡que sean como el Che! Si queremos expresar cómo queremos que sean los hombres de las futuras generaciones, debemos decir: ¡que sean como el Che!” (Castro en Guevara 1977, 16).

logístico, permitiendo inferir que la tarea guerrillera se pensaba en claves masculinas al proponer las acciones armadas significativas e importantes dentro del ámbito público como ocurrió con los secuestros, las expropiaciones económicas o los ajusticiamientos y emboscadas a militares, caciques o policías. En este terreno, hombres y mujeres se redujeron al mismo cuerpo, el cual podía matar o ser matado.

Hasta aquí cabe matizar lo antes dicho con la hipótesis de que en la guerrilla y en las izquierdas había un mandato masculino heredado del heroísmo guerrillero guevarista imponiendo la agresividad en los hombres, la cual se entendía en un espejo y en contraste con lo femenino, asemejado con lo “naturalmente pacífico y dador de vida”. Algunos de los elementos que ayudan a sustentar esta hipótesis se encuentran en la práctica masculina de los hombres de asumir mandatos de género como el de ser “protectores”, lo cual, si bien puede ser leído como un gesto de solidaridad, también orilla a plantearse si los varones asumieron que sus compañeras tenían menores aptitudes para la guerra y, por eso, necesitaban ser protegidas.

Las mujeres experimentaron camaradería, percibieron a sus compañeros como hombres solidarios; sin embargo, también vivieron desigualdad y opresión, pues al estar en organizaciones donde se concebía la lucha en claves masculinas, constantemente tuvieron que reprimir sus contradicciones viéndose muchas veces obligadas a descuidar o abandonar a sus hijos, o bien, a cuidarlos informalmente a espaldas de sus jefes militares,²⁴ tal como lo exigía el arquetipo del guerrillero. Por lo mismo, debieron negarse la posibilidad de llorar o demostrar miedo, cargaban, además, pesadas mochilas a la par de sus compañeros, y, asimismo, endurecieron su personalidad de acuerdo con las directrices impuestas por el orden militar, pues una muestra de “debilidad” delataba sus cuerpos femeninos como “naturalmente menos aptos” para la guerra, colocándolas de inmediato en un plano de inferioridad.²⁵

24 Se consideraba un acto de indisciplina ir a las casas de sus padres y sus familiares para ver a sus hijos, lo cual fue usado por los cuerpos de contrainsurgencia para apresar a algunas madres guerrilleras. “El trato siempre fue igualitario desde la capacidad estratégica, logística y organizativa. Pero la diferencia aparecía cuando nos embarazábamos, y eso lo sabían los estrategas del terror y de la muerte. Un punto que nos hacía más vulnerables era el cuidado de nuestros hijos, a los cuales debíamos atender en casas de seguridad o arriesgando nuestra vida y la de nuestras familias, en visitas clandestinas a nuestros hogares.” Citlali Esparza (Aguilar 2014, 219).

25 “La relación hombre-mujer, al interior del grupo guerrillero la definían los hombres o compañeras guerrilleras que imitaban al “Che”, no había una propuesta en femenino, por lo tanto, las mujeres teníamos que disparar como el que más, caminar sin descanso, en mi grupo podíamos maldecir como hombres, hacer nuestro diario, sepultar nuestras contradicciones, o para ser más precisas, las mías” (Lourdes Uranga en Méndez 2019, 59).

La icónica portada del periódico *Madera* representa la virilidad guerrillera personificada en un hombre con rostro y personalidad pública, el cual, al ostentar un arma de grueso calibre, se opone a la visión femenina, anónima, de espaldas y sin rostro. Así, el hombre figura en primer plano, es el protagonista, en tanto se percibe a la mujer como una especie de comparsa, pegando propaganda, actividad poco valorada y sin reconocimiento al interior de la jerarquía guerrillera. La mujer tampoco lleva arma, rasgo que, en el contexto de la imagen, la sitúa en un plano de "vulnerabilidad". La ilustración, entonces, sugiere a la mujer como protegida por el hombre, quien además porta un uniforme militar, en contraste con ella que va vestida como civil, es decir, sin ostentar ninguna jerarquía militar. En este sentido, cabe apuntar con base en la representación de la Liga que el heroísmo no era un valor neutro, pues el héroe tenía género y era viril-masculino.²⁶ Esto tiene consecuencias importantes en términos del relacionamiento entre hombres y mujeres, así como en la configuración y exacerbación del carácter beligerante en los movimientos armados, lo cual se analizará líneas adelante.

Figura 1. Portada del periódico *Madera*.²⁷



Fuente: Fondo público: Archivos de la Resistencia, artículo 19. <https://biblioteca.archivosdelaresistencia.org/item/76778#?c=&m=&s=&cv=&xywh=-1313%2C-127%2C4328%2C2524>.

²⁶ Es probable que el entendimiento en masculino de las militancias también haya estado presente en muchos otros movimientos armados de América Latina, por ejemplo, el caso del PRT-ERP de Argentina. Al respecto, Mariela Peller (2023, 164) concluye: "Las figuras del soldado, del mártir y del hombre nuevo exaltaron el heroísmo y anularon las figuras femeninas tras la neutralidad de un universal masculino".

²⁷ *Madera*, Periódico Clandestino de la Liga Comunista 23 de Septiembre, Año II, núm. 2, febrero de 1974.

Las metáforas bélicas y la virilidad

*Puedes no saberlo
ni sospecharlo siquiera
pero yo soy tu enemigo.
Y algún día
con un cuchillo de carnicero
peinaré tu pelo.*

Saúl López de la Torre, *Yo soy tu enemigo* (1976)

La metáfora de “lucha” no es neutra porque, aunque su origen se inscribe en el concepto de la lucha de clases de Carlos Marx, la forma en la cual se impuso como un “deber”, muestra la hegemonía de los valores masculinos al pronunciarse en contextos donde luchar significaba “pelear hasta vencer o morir”. Esto deja ver la edificación del guerrillero y de los hombres de las izquierdas como “luchadores” en el marco de “un campo de batalla”, donde “luchar con las armas en las manos” era una “etapa superior de la lucha” (López 2001, 45). Asimismo, se pensaba que la vocación de autodefensa e insurrección era un patrimonio y una tradición heredada del campesinado mexicano (FRAP 2013, 198), y que “la lucha armada era la máxima expresión de la lucha de clases” (Castañeda 2006, 48).²⁸ De tal forma, en la mentalidad de los hombres de las izquierdas y de las guerrillas, el Ethos guerrero se antepuso para empoderarlos frente al “enemigo de clase” y la noción de la confrontación calculada (la lucha científica desde el marxismo), la cual también implicó una lucha por las ideologías, fue valorada por encima de otras dimensiones ético-políticas como los cuidados, la escucha y la solidaridad.²⁹

28 Hubo constantes tensiones entre quienes enfatizaron la condición genérica en claves hegemónicas y otros hombres de izquierda quienes buscaron entenderla en claves contra-hegemónicas.

29 En los testimonios escritos de los hombres guerrilleros, se advierte una narrativa con un discurso de la lucha como alegoría del verbo pelear. Por ejemplo, Leopoldo Ángulo Luken (2017, 107) dice: “¡No hay más! Las cartas están echadas; a nosotros nos ha tocado este frente. Se combate en todo el país y nada de bajarse por la presión del ejército; pelearemos hasta el último hombre si es necesario. Las revoluciones no son obra de un grupo de hombres ni de una generación siquiera; si nos han de exterminar que lo hagan, pero que quede constancia para el futuro, de que aquí se ha luchado.” Puede rastrearse la noción de la “lucha” como sinónimo de “pelea”, a veces contra las “desviaciones” y otras para la obtención de poder, en la cual se naturaliza el ímpetu “rebelde” y la determinación de luchar hasta la muerte. Véanse: Condés (2018, 8 y 98); Gallegos (2007, 43); González (2021, 180); Hiraes (1996, 16); Gámez (2019, 154); Domínguez (2020, 159); Morales (2006, 21); Moreno (2010, 2); Orozco (2009, 42); PDPR-EPR (2014, 320); Topete (2009, 16); Ulloa (2004, 61); Ángulo (2017, 75); Ayala (2024, 79).

Esta metáfora de “lucha” estuvo inmersa en una visión dualista en la cual se distinguieron dos polos contrapuestos: amigo/enemigo. Las masculinidades guerreras procuraron representar al “otro” con un ingrediente emotivo en donde se simbolizaba a veces al vecino, al comunero, al “camarada” como posible “traidor”, con el fin de emularlo como símbolo de Judas Iscariote (Ávila 2022b, 172). El sentimiento de traición también implicó una corporalidad masculina, pues por principio, para algunos militantes, quedaron bajo sospecha los luchadores sociales y de izquierda que no quisieron optar por la vía armada, por lo cual algunos varones de la guerrilla practicaban las “malas caras”, los sarcasmos y el maltrato como parte de esa escenificación masculina en donde se penalizaba a los militantes no “consecuentes” con el modelo heroico y revolucionario. El relato de Mario Ramírez es revelador en este sentido: “No pues, es que así nos burlábamos de todos los que no se incorporaban [a la guerrilla] y casi se convirtió en un deslinde entre los que sí y entre los que no, el deslinde era que tenías que aceptar la lucha armada, si no aceptabas eras reformista o eras, pues culei [culero], jajajaja” (Ávila 2022b, 249).

Esta forma confrontativa y agresiva no fue exclusiva del movimiento armado, sino fue también una característica de la política nacional de corte patriarcal. Por ello, los hombres de izquierda, al ser parte de una estructura patriarcal recurrieron a un acervo cognitivo, corporal y lingüístico sacado de su propia condición genérica. Esto provocó la proliferación de discursos y prácticas viriles vinculadas con la cultura popular y regional de la cual provenían las diversas guerrilleras y guerrilleros. Así, en las organizaciones político-militares imperó un universo simbólico masculino legitimador, desde las violencias más sutiles como el maltrato verbal, hasta las más brutales, como los ajusticiamientos internos.

Las masculinidades guerreras son una clave importante para desmontar el ejercicio de la violencia al interior de las organizaciones armadas, pero a su vez sirve para repensar las izquierdas, pues es posible prestar atención al acto comunicativo y de confirmación de los hombres, así como a la edificación de la virilidad en torno a mandatos de género, los cuales naturalizaron “la guerra entre facciones” y generaron entre “camaradas” un relacionamiento agresivo, defensivo y algunas veces, avasallador.³⁰

30 Esta vocación militar viene también como herencia del marxismo, particularmente, de Carlos Marx y Vladimir I. Lenin. El primero se preocupó por generar una organización jerárquica y con mandos centralizados, después de que le horrorizó el fracaso de la Comuna de París (véase Marx-Engels 1976, 280). El segundo desarrolló una teoría de Estado capaz de sustentar y justificar la necesidad de una vanguardia del proletariado encargada de encabezar la Revolución (véase Lenin 1975, 71). El desarrollo de este disciplinamiento llevó a un proceso de enfrentamientos, los cuales tuvieron un carácter sexuado, pues aunque hubo una importante participación de mujeres en todos los movimientos revolucionarios y en las guerras, quienes asumieron o se impusieron en el mando de muchos movimientos a nivel global fueron los varones (véanse: Priestland 2017, 16 y Mosse 2000, 126).

La Liga partió del principio de que “el proletariado debía combatir —para triunfar— sobre la base de una dirección que considerara las leyes del desarrollo de la guerra y una planificación”. Al concebir la guerra como la esencia de la política, se asumió que el proceso dialógico para definir quiénes ocuparían el papel histórico de vanguardia revolucionaria ocurriría mediante un proceso confrontativo y violento, proceso que, por supuesto, siguió las reglas bélicas y reprodujo el lenguaje militar. Las metáforas utilizadas en el seno de la Liga son reveladoras en este sentido.

Ignacio Salas Obregón afirmó: “todo discernimiento tiene como condición el deslinde de las posiciones de clase”, pues el desarrollo político del movimiento revolucionario parte de “la lucha de opuestos”. Con base en esto, destacó la necesidad de un “deslinde y rechazo” de quienes buscaron someter el movimiento a los intereses burgueses. Por lo tanto, de acuerdo con su ideología marxista, la lucha de clases generaría el desarrollo político del movimiento revolucionario a través del proceso de desplazamiento de los contrarios. De esta manera, Salas Obregón concluyó que “la lucha proletaria se afirma en su depuración constante, en su oposición constante e inflexibilidad contra todo oportunismo” (Madera 1972, núm. 2).

Es en este contexto teórico e histórico, las metáforas adquirirían un significado arquetípicamente bélico y viril, tales como las de “liquidación y conquista”, donde, en las páginas del órgano *Madera* se propusieron en los siguientes términos:

Nosotros afirmamos que la liquidación de la política de los “demócratas” en el seno del movimiento es la condición para alcanzar la madurez de un movimiento histórico independiente, y también que este periodo constituye la base embrionaria de la construcción de tal madurez. Engels en su carta a Bebel, 1873, plantea la necesidad del deslinde: “Si lográsemos conquistar únicamente a las masas, sin sus dirigentes locales, la cosa no estaría mal”. (Madera 1972, núm. 2)

Asumirse como vanguardia revolucionaria también implicó edificar un arquetipo viril, debido a que el proceso de construcción de la utopía se concibió con prácticas masculinas, las cuales, de la misma manera en que lo hacían los hombres hegemónicos, se entendían como un proceso de deslindes/rechazos serializados y dirigidos por objetivos tácticos de conquistar otros territorios con prácticas agresivas para “liquidar” la “dirección burguesa” en los sindicatos y organizaciones campesinas.

Por otra parte, en la Liga se propuso el objetivo estratégico de someter a esos movimientos por considerarlos “desviados”, “corrompidos” o “errados”. La política revolucionaria se asumió como un proceso de avasallamiento y conquista —de cooptación por la fuerza—, sobre aquellos movimientos menos beligerantes o

“menos revolucionarios”, los cuales debían ser dirigidos por una vanguardia que “sí sabía” cuáles eran los “verdaderos” intereses de clase.

Fue aquí cuando se configuró el modelo viril, pues la dirección de la Liga asumió que ellos eran quienes sabían y debían mandar, al tener una teoría revolucionaria con origen “verdaderamente proletario”, haciendo alusión a la supuesta condición pequeño-burguesa del campesinado. Se debe mencionar que la condición genérica de los hombres dirigentes de la Liga chocó con la de Lucio Cabañas Barrientos, del Partido de los Pobres, pues para este último, anclado más en un patriarcalismo tradicional (Aviña 2014, 168), el proceso de articulación y unidad de la lucha no debía darse mediante una imposición y sometimiento de una “vanguardia”. En contraste, para Cabañas había que mantener respeto a los líderes regionales y, por lo tanto, debía operar una coordinación donde se sumaran las luchas, civiles y guerrilleras en un solo frente anticapitalista (Martínez 2023, 166).

El “democraticismo” de Cabañas fue tachado como “anarquismo”, en sentido peyorativo. Para Ignacio Salas Obregón los “conciliadores” eran como los “oportunistas”, pues en su intento por unificar las luchas encubrían las diferencias de clase y, con ello, desviaban la mirada del aspecto central que era visibilizar, liquidar o expulsar a los “enemigos de clase”. De esta manera, se entendió al PDLP como una lucha “dominada ideológicamente” por la pequeña burguesía, la cual debía experimentar en su dirección un proceso de lucha y derrota para liberar su potencial revolucionario. Así, Ignacio Salas Obregón caracterizó al legendario líder guerrillero y campesino como antagónico, y optó por una estrategia para desplazarlo del liderazgo y cooptar a sus bases sociales campesinas con el fin de consumir la conquista de un territorio (Atoyac de Álvarez, Guerrero) para la “verdadera vanguardia revolucionaria”, es decir, para los que “sí sabían” mandar y defender los intereses proletarios. Lucio Cabañas vio con desconcierto a los guerrilleros de la Liga, pues se dio cuenta de que había una intención por apropiarse del movimiento de Guerrero, por lo cual también respondió con advertencias violentas.³¹

Lucio Cabañas también reprodujo el arquetipo viril en la medida en que construyó una pedagogía guerrillera fundamentada en la enseñanza de la violencia como principal vía para la defensa y la liberación. Por ejemplo, en una asamblea clandestina en El Porvenir, después de haber efectuado una expropiación de un Beneficio de Café, dijo:

31 “[...] sabemos que ya también en la Universidad de Guerrero está llegando el ultraizquierdismo que propagan gentes que nunca han dirigido ni a obreros ni a campesinos, que no tienen ninguna práctica revolucionaria y cuya cabeza traen cargada de libros leídos tajo y revés; que les hablan de que la Universidad es una fábrica, dan consignas de que el movimiento de masas ya use las armas cuando apenas va tomando forma; hablan o amenazan de matar a compañeros del Partido de los Pobres por el solo hecho de no estar de acuerdo con sus locuras.” (Partido de los Pobres, *Carta a los estudiantes*, 20 de enero de 1974, 2).

[...] resultó que de los muchachos que trabajan allí hasta dos son mis alumnos y ¿qué dirán?: ¡qué buena cosa les ando enseñando! Pero en esta época los maestros que quieran ser maestros, los profesores que quieran ser maestros, que quieran enseñar al pueblo, tenemos que enseñarles a matar enemigos, enseñarles a robar al rico, a robar al gobierno, a asaltar al gobierno, a hacer todo el daño al gobierno, todo el daño a la clase rica para que los pobres se levanten de espíritu, para que los pobres se sientan valientes, para que los pobres vuelvan a creer en la lucha de los pobres, para que todos los trabajadores vuelvan a creer, a tener confianza en la unión del pueblo. (Suárez 1978, 151)

Ambas organizaciones comparten valores masculinos en tanto su coincidencia en deber “matar enemigos”, pasando desapercibidos el aspecto socio-reproductivo, el *Eros*, la vigilia y la lucha por conservar la vida. Esta tendencia también imperó en otras organizaciones político-militares. Por ejemplo, en el FRAP, en alguno de sus documentos de estrategia y táctica guerrillera se leía: “Lo más valioso del militante revolucionario es su rebeldía (hacia toda la sociedad decrepita y corrupta), su odio a muerte contra todo tipo de opresión y alienación; y, naturalmente, la consecuencia de sus actos con estos principios fundamentales.” Se exaltaba el “odio a muerte” como una virtud con mayor jerarquía que las de amar, cuidar y dar vida:³² “Las mujeres combatientes, de preferencia, no deben tener ningún hijo, pero si fallan los anticonceptivos se les deben dar facilidades para parir, después, o se dedica al hijo y deja su lugar de combate o acomodan al hijo con la familia o en la base de apoyo y se esteriliza” (FRAP 2016, 138). Como se ve, para las FRAP, la capacidad “dadora de vida” parecía un “estorbo u obstáculo” en comparación con la “virtud” masculina y patriarcal que daba a los varones “el derecho a matar”.

Así, en el MASM, aunque en diferentes grados, se cometieron algunas injusticias y excesos, en especial, en ajusticiamientos internos que no se comprenden solo por contradicciones ideológicas, sino como un fenómeno con raíces en la estructura patriarcal y las metáforas bélicas de las masculinidades guerreras sembradas en las bases para exaltar el modelo viril y cristiano: matar y/o sacrificar.³³

32 Un aspecto revelador respecto a esta política entendida en claves masculinas fue el caso de Yolanda Casas (del Comando Lacandones), quien fue segregada por sus propias compañeras después de haber decidido escribir un documento titulado “Manifiesto a la Humanidad Comunista”, en el cual invocaba a *Eros* como el motor de la lucha revolucionaria y de la Utopía. Sin embargo, fue tachada de “reformista” y tuvo que huir y refugiarse en otra crujía, con las presas comunes, las cuales fueron más solidarias y comprensivas que sus propias compañeras de armas, quienes llegaron a considerarla como su “enemiga de clase”. Ponencia de Yolanda Casas en el Seminario “Memoria, Militancia y Democracia” (Cenadeh/INEHRM/Memórica), 28 de agosto de 2025. <https://www.facebook.com/share/v/1CZsxGHy8X/>.

33 Véanse: Ávila y Pérez (2023, 116, 118, 154 y 178); Gámez (2018, 158); Ávila (2022b, 318); Gustavo Hiraes en Gamiño *et al.* (2014, 328); Ibarra en Gamiño *et al.* (2014, 205);

Como puede advertirse, el discurso de la guerra impuso una lógica viril, pues “la fuerza masculina se idealiza, incluso se sacraliza, se potencia y se naturaliza al quedar sumergida en el propio sexo” (MacKinnon 1995, 242). En este punto, cabe recordar que hubo metáforas sexistas, las cuales estuvieron asociadas con la legitimidad y supremacía masculina en el terreno de la guerra, como la llamada “teoría de los huevos”, consistente en anteponer el aspecto práctico de la guerrilla (combatir y asediar al enemigo de clase), por encima de cualquier cálculo táctico y estratégico que permitiera una ventaja política y militar.

Respecto a dicha “teoría”, pueden rastrearse algunos indicios en el discurso de la Liga. Por ejemplo, en el periódico *Madera* apareció un cuestionamiento a las guerrilleras de diversas organizaciones presas en la cárcel de Santa Martha Acatitla. Se señaló ser su solidaridad “oportunistas” y sostener una “posición no proletaria”; además, se les acusó de ignorar la historia y la lucha de clases en México. Finalmente, se usó un tono burlón para referirse a lo dicho por las mujeres presas respecto a: “¿qué garantías tenemos como presas políticas respecto a nuestra integridad física y moral?”. Para responder, el periódico clandestino sentenció: “Sobran comentarios, aunque bien pudiera aplicárseles, con todo el respeto que nos merece su condición femenina, aquel de ‘si sabías, ¿pá’ que te metiste?’”.

Estos cuestionamientos reflejan la convicción que tenían muchos guerrilleros de que “a la lucha armada iban a morir”, de que la muerte era un final glorioso consagrándolos como santos de la revolución o como héroes revolucionarios. En este nivel, se advierte una constante tensión entre la línea tenue que divide el llamado “espíritu combativo” y la idea del suicidio, pues la lucha comprendida en términos viriles y militaristas significó el sacrificio de otras vidas y, desde luego, de la propia como la acción y el camino “más consecuentes”.³⁴ En contrapartida, quienes “vacilaban o blandengueaban”, anteponiendo el cuidado de sus vidas y pensaban en conciliar posturas con miras a la unidad del movimiento, podían ser enjuiciados (deslindados) en los mismos términos en los cuales fueron criticadas las presas políticas.

En este sentido, las referidas metáforas de la política en claves masculinas tendieron a identificar lo “femenino” como una característica inherente de “lo débil”, de todo lo que provocaba tener las izquierdas un carácter indeciso, con fal-

Salcedo (2023, 102 y 142); Ayala (2024, 71 y 89); Pérez (2024, 215, 331, 318); Cedillo en Gamíño *et al.* (2014, 343); Peñaloza (2024, 128); Condés (2024, 489).

34 La tensión entre quienes decidieron sacrificarse o quienes decidieron preservar sus vidas a costa de fallar al modelo normativo masculino y heroico ha sido estudiado en otras latitudes de América Latina. Por ejemplo, un análisis impresionante por la emotividad de las coyunturas que estudia durante la dictadura en Chile es la investigación de Florencia E. Mallon (2003, 211).

ta de rigidez y con ausencia de una orientación revolucionaria. De tal suerte, quienes comulgaban con prácticas políticas leídas como “tibias”, “conciliadoras”, “blandengues” y “vacilantes”,³⁵ fueron atacados mediante una narrativa que erotizaba sus posturas políticas. Por ejemplo, empleando la metáfora del “coqueteo político”, enunciada en contextos donde se aludía al homoerotismo como un aspecto el cual, simbólicamente, desvirtuaba y minaba su virilidad, al tiempo de soterrar la “coherencia ideológica” para rebajarlos y colocarlos en los terrenos de la “desviación” y la “traición”.³⁶

La noción de “trinchera” es otra de las metáforas bélicas usadas en la lucha interna entre “camaradas” disputándose, a veces a muerte, el control de la dirección en sus respectivas organizaciones. Es interesante ver el posicionamiento de Benjamín Pérez Aragón, en sus *Memorias*,³⁷ respecto a esta forma de lucha en claves masculinas:

La historia de cualquier pueblo en lucha la cuentan los triunfadores al terminar la guerra, justificando por qué desde entonces, tienen el mando en sus manos que ahora aplican contra los vencidos. En estas historias, la opinión y la memoria del derrotado, no cuenta. No se da como cierta. Pero algunos de los vencidos tienen una visión triunfalista que se impone como “vencedora”, frente a sus propios camaradas que formularon otros caminos para no haber sido vencidos y, cuyas voces, después de la derrota, no solo fueron menospreciadas, sino además condenadas a no ser escuchadas, ni por ellos, ni mucho menos por los que vencieron. (Pérez 2024)

Como puede advertirse en el testimonio de Pérez, el atrincheramiento está articulado con la negación de la escucha del otro, con el silenciamiento de su

35 Estas cualidades “reformistas” y/o “oportunistas” toman significado por oposición a la noción de una política revolucionaria que tenga “firmeza”, que sea “enérgica” y “decidida” (Madera 1974, 58 y 63).

36 Uno de los silencios y secretos mejor guardados gira en torno a la existencia de los guerrilleros que se salieron de la normativa heterosexual. En este sentido, solamente he podido conocer las memorias de un militante de la LC23 de Septiembre, quien abiertamente manifestaba ser homosexual; sin embargo, dicho caso está rodeado de momentos de discriminación hacia su persona. Visto así, el homoerotismo es un aspecto sin estudiar en la historiografía del MASM, pero el cual sí ha sido trabajado en otras latitudes de América Latina. James Green (2012, 440), por ejemplo, aporta un estudio que contribuye para rescribir la historia fuera de los cánones heteronormativos.

37 “Es pues, dentro de esa trinchera de los doblemente perdedores, de los doblemente no escuchados, desde donde pretendo inscribir la narrativa y conclusiones de esta tesis, la cual es un estudio etnográfico e introspectivo de mi propia vida y es, además, un análisis antropológico, pretendiendo así aportar a explicar las subjetividades que contribuyeron a que algunos jóvenes de aquellos años, adquiriéramos el compromiso revolucionario, así como explicar las razones de la derrota” (Pérez 2024, 12).

“verdad”, con la anulación de aquel “camarada” que se va convirtiendo en adversario, cosificándose como un objetivo táctico y militar, como parte de un “otro” el cual debe “conquistarse o liquidarse”. Esta narrativa de la lucha en claves viriles se centró en el papel masculino de la dirección como la ejecutora de una “lucha a muerte” contra los “blandengues y demócratas”.

Desde la lógica de la supremacía masculina esto implicó un ejercicio de sometimiento, de anulación, de borramiento y silenciamiento. Un ejercicio arquetípicamente androcéntrico iniciado en la falta de escucha del otro y en la sobrevaloración de las figuras masculinas (“protectoras y disciplinadoras”), en torno a las cuales se imponía un modelo normativo de “ser guerrillero” o “guerrillera”, estableciendo narrativas descalificadoras de otras maneras de concebir la política y la lucha. Bajo esta lógica viril, la “vanguardia” se adjudicó la “responsabilidad” para “denunciar”, “evidenciar” y “combatir” a las izquierdas que, desde su perspectiva, estaban encaminadas a reproducir la ideología burguesa, alentando una guerra sin tregua donde —según la coyuntura—, el MASM se volcó en un conflicto bélico interno y se convirtió en su propio enemigo.

Reflexiones finales

Hasta aquí se ha advertido que la lucha concebida en masculino impone la virilidad como el elemento legitimador del aspirante a tener una jerarquía dentro de las organizaciones armadas. Esta normativa se impuso a mujeres y hombres mediante la estructura de género, estableciendo las bases con las cuales cobró significado lo femenino y lo masculino. Lo anterior no implicó necesariamente que las mujeres se “masculinizaran”, pues, aunque fueron transgresoras de los mandatos de género, pensarlas como personas masculinizadas puede reproducir una visión dicotómica debido a que ellas no transitaron hacia un cambio en su identidad genérica, pues el uso de pantalones en lugar de minifaldas, no significó el “perder su femineidad”. Asimismo, los testimonios de las mujeres del MASM apuntan a estar su vestimenta y sexualidad configuradas por una concepción de la mujer en claves tradicionales y/o modernas (incluso vistieron conforme a la moda de su época), por lo cual, al interior de la guerrilla predominó la monogamia y el matrimonio (revolucionario) como pilares sobre los cuales se edificó la familia nuclear y heteronormativa.

Con base en lo anterior, considero no haberse impuesto un solo modelo de “masculinidad”, sino un conjunto de metáforas y significados patriarcales en torno a la política como un espacio viril y bélico, habiendo tenido esto un impacto en la convivencia cotidiana, en las prácticas políticas de las asambleas y en los espacios de decisión direccionados por el arquetipo viril, encarnado en la figura mítica del “héroe guerrillero”, imponiendo una forma de relacionamiento entre

hombres y mujeres donde Tánatos prevaleció sobre *Eros*. Esto propició la invisibilización de las contradicciones en las cuales estaban inmersas las mujeres, en la aparición de una supuesta neutralidad del llamado ‘hombre nuevo’, la cual se fundamentó en metáforas de género, imponiendo la capacidad de violencia y la ferocidad como elementos legitimadores, además de establecerlas como el camino a seguir por todas aquellas mujeres y hombres a formar parte de la dirección y de las bases sociales de las organizaciones político-militares.

Analizar aquello concebido en el MASM como lo opuesto al héroe es quizás la clave para echar por tierra los valores masculinos de los liderazgos guerrilleros y, tal vez, también ayudaría a desmontar las historias androcéntricas de las izquierdas. El héroe en el espejo mira a su “enemigo”, su significado se entiende por oposición a lo que desprecia. Por ello, el modelo viril del heroísmo guevarista se configuró con una serie de metáforas prodigando las cualidades arquetípicamente masculinas y, a la vez, servían como el parámetro para “medirse”, establecer jerarquías e imponerse a los “otros”.

En el proceso de militarización de la sociedad civil y de las organizaciones sociales y los movimientos estudiantiles —proceso vivido a partir de las diferentes masacres en los años 60 y principios de los 70 del siglo XX en México—, puede observarse una permanente tensión, pues los jóvenes rebeldes y aguerridos debían aprender a disciplinarse y obedecer, incluso a acatar instrucciones sin cuestionar a los superiores. Esta contradicción es intrínseca a las organizaciones político-militares, pues los que antes se valoraban por su rebeldía, se tornaron “peligrosos” al cuestionar a sus líderes y no seguir sus órdenes.

Desde la mirada militarista, el “otro” se convirtió en un objeto y un medio para lograr un “fin superior” (la Revolución), impactando en la formación de líderes anclados en la supremacía masculina, mediante la cual “la vanguardia revolucionaria”, concepto acuñado por el marxismo, no fue una noción neutra, sino forjada mediante una cosmovisión androcéntrica en la cual los dirigentes de la guerrilla se atribuían el privilegio masculino de mandar, juzgar y decidir quién podía ser sacrificado, depurado o deslindado. Cabe anotar, al margen, el haber habido distintas estructuras en el MASM. Por ejemplo, quienes plantearon una horizontalidad en la toma de decisiones, como fueron los casos del Frente Urbano Zapatista y del Partido de los Pobres. También hubo otras organizaciones con una estructura acorde con el marxismo-leninismo y forjaron una organización partidaria vertical.

Es por ello que aún falta desmenuzar a nivel de cada organización, cómo es que pese a haber diferencias estructurales importantes (sobre todo en los modelos militares menos jerárquicos), y existir claras tensiones para evitar el autoritarismo y el caudillismo al interior de las guerrillas, una concepción de la lucha en claves viriles terminó por imponerse. Sin duda, esta es una historia pendiente por escribirse.

La militarización de los civiles no siempre estuvo acompañada de una conciencia y educación teórica y práctica, por lo cual, el modelo militar exigiendo obediencia generó un proceso de “domesticación” y un fenómeno crónico de “rebelión o ingobernabilidad” al interior de las organizaciones, motivado por lo denominado como “desviaciones o indisciplina”. Si bien la disciplina y la obediencia podían significar una impronta autoritaria para algunos, en términos generales, en el discurso de las organizaciones político-militares fue asumida como el cumplimiento de “toda clase de sacrificios”, en aras de alcanzar un fin superior: la lucha contra la burguesía y su aparato represivo, así como acabar con los caciques locales y los “charros” sindicales. Al amparo de este propósito, “valía la pena” respetar las jerarquías y seguir instrucciones, pues todo ello permitía responder a los enemigos con la “violencia revolucionaria”. No sobra decir que todo esto significó la naturalización y legitimidad de las jerarquías de género, las cuales dotaron a los varones del privilegio de gobernar, valiéndose de valores masculinos sacados del mundo de Tánatos.

En síntesis, y con el objetivo de contribuir a la visibilización y erradicación de la violencia al interior de los movimientos sociales, es necesario entender el significado de la lucha en claves viriles, la cual terminó por normalizar y ensalzar las jerarquías de género, legitimando y dándole a los varones el privilegio de ostentar la mayoría y/o la hegemonía en los espacios de dirección mediante la articulación de un discurso androcéntrico sustentado en una supuesta “objetividad” y “neutralidad” del marxismo o las ideologías de izquierda, las cuales enarbolaron como “verdaderamente importantes” los conflictos asociados con el interés masculino, en tanto que los derechos de las mujeres y las violencias de género fueron invisibilizadas o dejadas en un lugar secundario.

La lucha se dio en un ambiente de competencia de “ideas”, de “ideologías” y de “intereses”, pero se omitieron los sentimientos, el corazón, los miedos, la angustia, además de encubrirse las envidias, los celos, y dieron por naturales los odios. Todo ello contribuyó a reafirmar la lealtad entre varones y a fortalecer sus pactos patriarcales con ritos y escenificaciones de la política como un espacio bélico donde se promovieron narrativas míticas del heroísmo en claves viriles expresadas en hazañas de “sangre, plomo y muerte”. En oposición, quienes sostuvieron una ética de cuidados y procuraron una dimensión socio-reproductiva fueron menospreciados al grado de no considerárseles “militantes”, sino enunciándolos de acuerdo con la estructura de parentesco patriarcal: hermanas, novias, madres, hijas, etcétera.

Lo anterior revela el endiosamiento de las figuras masculinas, configurado por el arquetipo del “héroe guerrillero” construido para normar las prácticas políticas en claves viriles y militaristas, donde el relacionamiento se dio por un atrincheramiento y el uso de gentilicios y calificativos tendió a objetualizar a los otros para convertirlos en “objetivos de guerra”. Esto generó rupturas en el tejido

social de las organizaciones, fracturándolas a través de un maltrato sistemático, típicamente masculino y violento, arrastrando a hombres y mujeres por igual, sin mencionar el haber fomentado el “odio de clase” en detrimento del “amor y del cuidado” de los otros, y privilegiando la obediencia y la competencia por el poder, por encima de la construcción colectiva y de la solidaridad.

Los diversos proyectos revolucionarios de las organizaciones político-militares que compusieron el MASM, propusieron, discursivamente, acabar con todas las injusticias y desigualdades sociales e históricas. Sin embargo, como lo apuntaron las críticas de las feministas socialistas y materialistas, desde la década de los años 60 del siglo XX, cualquier transformación estaría condenada a una regresión contrarrevolucionaria si las utopías no se sostenían en principios feministas. Lo anterior implica generar un conocimiento situado sobre los hombres de izquierda, mediante el cual se proceda al desmontaje de los arquetipos masculinos y viriles como el del héroe, el justiciero y el vengador, a través de los cuales históricamente se han sostenido los pilares del patriarcado en los movimientos sociales y armados y que también perduran en las narrativas historiográficas androcéntricas hasta el día de hoy. 

Referencias

- Aguilar Terrés, María de la Luz (comp.). 2014. *Guerrilleras*. México: Edición del autor.
- Alonso Vargas, José Luis. 2009. *Memorias, 1945-1979*. México: Edición del autor.
- Amorós, Celia. 1990. Violencia contra la mujer y pactos patriarcales. En Virginia Maquieira y Cristina Sánchez (comps.), *Violencia y sociedad patriarcal*. Madrid: Pablo Iglesias, 1-15.
- Amorós, Celia. 2001. *Feminismo, igualdad y diferencia*. México: UNAM/PUEG.
- Ángulo Luken, Leopoldo. 2017. *Nos volveremos a encontrar. La LC-23 en la Sierra Madre*. México: La Casa del Mago.
- Anzaldo Meneses, Manuel y Zaragoza Jiménez, David (comps.). 2023. *Sobreviviremos al hielo. Literatura de presos políticos*. México: Altres Costa-Amic.
- Anzola Moreno, J. N. 2019. La tesis doctoral de Marx. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 40(121): 77-93. <https://doi.org/10.15332/25005375.5471>.
- Ávila Coronel, Francisco. 2022a. En busca de la igualdad: la mujer, el “hombre nuevo” y las masculinidades guerrilleras en el Frente Urbano Zapatista (FUZ) (1959-1970). *Ratio Juris UNAULA*, 17(34): 213-244. <https://doi.org/10.24142/raju.v17n34a10>.
- Ávila Coronel, Francisco. 2022b. *La guerrilla del Partido de los Pobres. Historia social, género y violencia política en Atoyac de Álvarez, Guerrero (1920-1974)*. México: Plaza y Valdés.

- Ávila Coronel, Francisco. 2024. Historiografía del problema de género en el Movimiento Armado Socialista Mexicano (MASM) de los años sesenta y setenta del siglo XX. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 120, septiembre-diciembre. <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i120.2288>.
- Ávila Coronel, Francisco. 2025a. María Silvia Valdez García y su mirada desde los márgenes de la historia. El problema de los cuidados en la Liga Comunista 23 de Septiembre. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 121, enero-abril. <https://secuencia.mora.edu.mx/Secuencia/article/view/2334>.
- Ávila Coronel, Francisco. 2025b. Lourdes Uranga López, sobreviviente del Frente Urbano Zapatista (FUZ) y el problema de la historia androcéntrica. *Ratio Juris. Universidad Autónoma Latinoamericana*, 20(41). <https://publicaciones.unaula.edu.co/index.php/ratiojuris/index>.
- Ávila Sosa, A. y Pérez Aragón, Benjamín. 2023. *Voces de guerrilleros y guerrilleras de la Liga Comunista 23 de Septiembre en la Sierra Tarahumara, 1973-1975. Cronología y algunas interpretaciones*. México: INEHRM. https://www.inehrm.gob.mx/recursos/Libros/voces_de_guerrilleros_y_guerrilleras.pdf.
- Aviña, Alexander. 2015. *Specters of the Revolution. Peasant guerrillas in the cold war Mexican countryside*. Oxford University Press.
- Ayala Nevárez, Andrés. 2024. *Creencia, deseo, pasión. En el remolino de la Liga Comunista 23 de Septiembre*. México: Edición del autor.
- Benhabib, Seyla. 2006. *El ser y el otro en la ética contemporánea*. España: Gedisa.
- Blázquez Graf, Norma. 2012. Epistemología feminista. Temas centrales. En Blázquez Graf, Norma, Fátima Flores Palacios, Maribel Ríos Everardo (coords.), *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales*. México: CEIICH-UNAM.
- Castañeda Salgado, M. P. 2008. *Metodología de la investigación feminista*. México: UNAM-CEIICH.
- Castellanos, Laura. 2008. *México armado (1943-1981)*. México: Era.
- Castorena Sáenz, Nithia. 2019. *Estaban ahí. Las mujeres en los grupos armados de Chihuahua (1965-1962)*. México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Secretaría de Cultura, Gobierno del Estado de Chihuahua.
- Cedillo, Adela. 2008. *El fuego y el silencio. Historia de las FPL*. México: Comité 68.
- Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. 2022. *Hay futuro si hay verdad. Informe final. Mi cuerpo es la verdad. Experiencias de mujeres y personas LGBTIQ+ en el conflicto armado*. Colombia: Comisión de la Verdad.
- Condés Lara, Enrique. 2007. *Represión y rebelión en México (1959-1985). La Guerra Fría en México. El discurso de la represión*. México: Porrúa, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Condés Lara, Enrique. 2018. *Asalto al cielo. Lo que no se ha dicho del 68*. México: BUAP.

- Condés Lara, Enrique. 2024. *La fundación de la Liga Comunista 23 de Septiembre*. México: INEHRM.
- Cosse, I. 2019. Masculinidades, clase social y lucha política (Argentina, 1970). *Revista Mexicana de Sociología*, 81(4).
<https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2019.4.57978>.
- Delphy, Christine 1980. *The main enemy: a materialist analysis of women's oppression*. Londres: Women's Research and Resources Centre.
- Dworkin, Andrea. 1989. *Letters from the war zone: writings 1976-1989*. Nueva York: Dutton.
- Esteve Díaz, Hugo. 2024. *La academia por asalto: una aproximación a las tesis profesionales sobre el Movimiento Armado Socialista en México (1976-2024)*. México: La Casa del Mago, UANL, ENAH.
- Foreman, Ann. 1977. *La femineidad como alineación: marxismo y psicoanálisis*. Colombia: Pluma.
- FRAP. 2013. *FRAP. Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo. 40 años. Documentos fundamentales*. México: La Casa del Mago.
- Frazier, L. y Deborah C. 2003. Defining the space of Mexico 68. Heroic masculinity in the prison and 'women' in the street. *Hispanic American Historical Review*, 83: 617-660.
- Gallegos Nájera, Arturo. 2007. *La guerrilla en Guerrero*. México: La Casa del Mago.
- Gámez Rascón, Jesús Manuel. 2018. *A la luz de esta historia de batallas (1969)*. México. Alternativa Editorial.
- Gámez Rascón, Jesús. Manuel. 2019. *A la luz de esta historia de batallas*. México: Alternativa Editorial.
- Gamiño, Rodolfo et al. 2014. *La Liga Comunista 23 de Septiembre. Cuatro décadas a debate: historia, memoria, testimonio y literatura*. México: UNAM.
- Glockner, Fritz. 2007. *Historia de la guerrilla en México (1943-1968)*. México: Ediciones B.
- Goldstein, Joshua S. 2001. *War and gender*. EUA: Cambridge University Press.
- Gómez Unamuno, Aurelia. 2020. *Entre fuegos, memoria y violencia de Estado. Los textos literarios y testimoniales del movimiento armado en México*. Carolina del Norte, EUA: A Contracorriente.
- González, Rodrigo. 2021. *Tiempos de fuego*. México: FCE.
- Green, N. James. 2012. "Who is the macho who wants to kill me?" Male homosexuality, revolutionary masculinity, and the Brazilian armed struggle of the 1960s and 1970s. *Hispanic American Historical Review*, 92(3): 437-469. <https://doi.org/10.1215/00182168-1600288>.
- Guasch Oscar. 2006. *Héroes, científicos, heterosexuales y gays. Los varones en perspectiva de género*. España: Bellaterra.

- Guevara, Ernesto. 1977. *El socialismo y el hombre nuevo*. México: Siglo XXI Editores.
- Harding, Sandra. 1996. *Ciencia y feminismo*. España: Morata.
- Hartmann, Heidi. 1987. *Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo*. España: Papers de la Fundación 88.
- Hirales Morán, Gustavo. 1996. *Memoria de la guerra de los justos*. México: Cal y Arena.
- Ibarra, Héctor. 2006. *Pensar la guerrilla en México*. México: Expediente abierto.
- Lechuga Herrero, Daniela. 2024. Desde la penumbra: guerrilleras y tareas domésticas en la Liga Comunista 23 de Septiembre, 1973-1983. Una provocación historiográfica. *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, 24: 380-401. <https://doi.org/10.17533/udea.trahs.n24a17>.
- Lenin, Vladimir Ilich. 1975. *El Estado y la Revolución*. Moscú: Progreso.
- López de la Torre, Saúl. 2001. *Guerras secretas. Memorias de un exguerrillero de los setentas que ahora no puede caminar*. Arte Facto.
- López de la Torre, Saúl. [1976] 2003. *Yo soy tu enemigo*. Poema. En Anzaldo Meneses, Manuel y Zaragoza Jiménez, David (comps.), *Sobreviviremos al hielo. Literatura de presos políticos*. México: Altres Costa-Amic.
- Lozano, Gabriela. 2015. Militancia y transgresión en la guerrilla mexicana. Una mirada crítica feminista al caso de la Liga Comunista 23 de Septiembre. *Entramados y Perspectivas*, 5: 89-111. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/entra-madosyperspectivas/article/view/1496>.
- Macías Cervantes, César. F. 2008. *Genaro Vázquez, Lucio Cabañas y las guerrillas en México entre 1960 y 1974*. México: BUAP, UdeG.
- MacKinnon, Catharine. A. 1995. *Hacia una teoría feminista del Estado*. España: Universidad de Valencia, Ediciones Cátedra, Instituto de la Mujer.
- Mallon, Florencia. 2003. Barbudos, warriors, and rotos: the MIR, masculinity, and power in the Chilean agrarian reform, 1965-74. En Matthew Gutmann (ed.), *Changing men and masculinities in Latin America*. Carolina del Norte, EUA: Duke University Press, 179-215.
- Martínez, Pedro. 2023. *Brigada Campesina de Ajusticiamiento. Desde la trincheira. Partido de los Pobres*. México: Huasipungo, Tierra Roja.
- Marx C. y Engels F. 1976. *Obras escogidas*. Tomo III. URSS: Progreso.
- Marx, Karl y Lenin, Vladimir Ilich. 1976. *Obras escogidas*. Moscú: Progreso.
- Méndez Alvarado, María de Jesús. 2019. *México. Mujeres insurgentes de los años 70: género y lucha armada*. México: UNAM, CRIM.
- Millet, Kate. 1995. *Política sexual*. España: Cátedra, Universidad de Valencia, Instituto de la Mujer.
- Mitchell, Juliet. 1966. Women: the longest Revolution. *New Left Review*, I(40), noviembre-diciembre.

- Montemayor, Carlos. 2010. *La violencia de Estado en México. Antes y después de 1968*. México: Debate.
- Morales Hernández, José de Jesús. 2006. *Memorias de un guerrillero. La guerra sucia del México de los 70*. México: Edición del autor.
- Moreno Sardà, Amparo. 2007. *De qué hablamos y no hablamos cuando hablamos del hombre. Treinta años de crítica y alternativas al pensamiento androcéntrico*. España: Icaria.
- Mosse, George L. 2000. *La imagen del hombre. La creación moderna de la masculinidad*. España: Talasa.
- Navailh, Françoise. 1993. El modelo soviético. En Georges Duby y Michelle Perrot (dir.), *Historia de las mujeres*. España: Taurus, 4-5.
- Olivos Santoyo, Leonardo. 2024. El campo político y el repertorio emocional de los hombres. En Olivos, Leonardo, Luis Fernando Gutiérrez y Fernando Huerta (coords.), *De juegos, emociones, violencias y otras fraternidades. Abordajes feministas sobre la experiencia genérica de ser hombres*. México: UNAM, 35-68.
- Orozco Michel, Antonio. 2009. *La fuga de Oblatos. Una historia de la LC 23 de Septiembre*. La Casa del Mago.
- Padilla, Tanalís. 2015. *Después de Zapata. El movimiento jaramillista y los orígenes de la guerrilla en México (1940-1962)*. México: Akal.
- Pateman, Carole. 1995. *El contrato sexual*. México: Anthropos, UAM Iztapalapa.
- PDPR, EPR. 2014. *50 años de lucha armada revolucionaria. Breve historia del PDPR-EPR*. México: Editorial del Pueblo.
- Peller, Mariela. 2013. Vida cotidiana y militancia armada en los años 70 en Argentina: problemas conceptuales e hipótesis de lectura. *INTERthesis Florianópolis*, 10: 37-64.
- Peller, Mariela. 2023. *La intimidación de la revolución. Afectos y militancia en la guerrilla del PRT-ERP*. Argentina: Prometeo.
- Peñaloza, Torres, Alejandro. 2024. *Las armas del proletariado. Génesis, desarrollo y debacle de la Liga Comunista 23 de Septiembre (1970-1981)*. México: Casa Alef.
- Pérez Aragón, Benjamín. 2024. *De las armas a las urnas. Contribución a la historia del grupo armado Lacandones antes de formar parte de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Autobiografía*. México: INEHRM.
- Poo Hurtado, Jorge. 2018. Los protagonistas olvidados. En Enrique Condés Lara (ed.), *Asalto al cielo. Lo que no se ha dicho del 68*. México: NUAP.
- Priestland, David. 2017. *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo*. España: Crítica.
- Ramírez, Federico. 2023. *Secretos del claudestinidad. Las vidas que alumbraron el levantamiento zapatista*. México. Ediciones del Lirio.
- Rayas, Lucía. 2009. *Armadas. Un análisis de género desde el cuerpo de las mujeres combatientes*. México: El Colegio de México.

- Rayas, Lucía. 2012. Subjugating the nation. Women and the guerrilla experience. En Fernando Herrera y Adela Cedillo (eds.), *Challenging authoritarianism in Mexico*. USA: Routledge.
- Rowbotham, Sheila. 1980. *La mujer ignorada por la historia*. Colombia: Pluma.
- Rubin, Gale. 1996. El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo. En Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (35-96). México: PUEG.
- Salcedo García, Carlos. 2022. *La luz que no se acaba. Grupo guerrillero Lacandones*. México: Libertad bajo Palabra.
- Santiago Jiménez, Mario Virgilio. 2022. El “gran empresario” y los “valientes jóvenes”. Las disputas por el pasado en México. *Contenciosa*, 12. <https://doi.org/10.14409/rc.10.12.e0018>.
- Scott, J. W. 1996. Historia de las mujeres. En Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia*. España: Alianza Universidad, 59-89.
- Suárez, Luis. 1978. *Lucio Cabañas, el guerrillero sin esperanza*. México: Roca.
- Topete, Miguel. 2009. *Los ojos de la noche. El comando guerrillero Óscar González*. México: La Casa del Mago.
- Ulloa Bornemann, Alberto. 2004. *Sendero en tinieblas*. México: Cal y Arena.
- Vicente Ovalle, Camilo. 2023. *Instantes sin historia. La violencia política y de Estado en México*. México: UNAM.
- Vidaurrezaga Aránguiz, Tamara Antonieta. 2019. ¿Somos iguales detrás de una 45? La participación femenina en el MLN-T uruguayo. *Athenea Digital*, 19: 1-23. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.2362>.
- Vidaurrezaga Aránguiz, Tamara. 2012. ¿El hombre nuevo?: moral revolucionaria guevarista y militancia femenina. El caso del MIR. *Revista Nomadías*, 15: 69-89.
- Weinbaum, Batya. 1984. *El curioso noviazgo entre feminismo y socialismo*. España: Siglo XX Editores.

Documentos

- Cedillo, Adela. 2008. *Mujeres, guerrilla y terror de Estado en la época de la revuelta en México*. https://www.academia.edu/8117828/Mujeres_guerrilla_y_terror_de_Estado_en_la_época_de_la_revuelta_en_México.
- Domínguez, José 2020. *Memorias y confesiones*. Inédito.
- Madera, No. 2, 1972. <https://biblioteca.archivosdelaresistencia.org>.
- Moreno Borbolla, José Luis. 2010. *Los rieles de la ofensiva*. Mecanoescrito inédito.